

PRÁCTICAS CULTURALES Y ACCESO A LA CULTURA EN PARAGUAY

Luis Ortiz¹

Resumen

La población paraguaya presenta un acceso diferenciado a los bienes culturales así como ejerce prácticas en el campo cultural en función de la estratificación social. Pero la diferenciación de las prácticas y del acceso a los bienes está en función de la dimensión de la realidad social a la que se orientan los individuos. En lo que se refiere al "campo cultural legítimo", el acceso distintivo de las clases superiores se expresa en el consumo frecuente e informado de los bienes simbólicos, mientras que las clases inferiores se vinculan poco con estos bienes, es decir, se hallan alejadas del acceso a los bienes del campo cultural legítimo. En cambio, en otras dimensiones de la cultural, tal como la de la tradición oral, la relación con la cultura es inversa: las clases desfavorecidas presentan una alta frecuencia y familiaridad con las prácticas y bienes propios de una cultura de transmisión basada en la oralidad.

Introducción

En el marco del proceso de implementación del Sistema de Información Cultural del Paraguay (SICPY) en el año 2011, la Secretaría de Cultura estableció un convenio con la Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos para la aplicación del módulo de información cultural de la Encuesta permanente de Hogares (EPH).

Dicho módulo recoge información inédita sobre prácticas culturales de la población paraguaya que permiten el análisis del campo cultural. El mismo contiene 72 variables específicas y además se incluyen variables de información socio-demográfica y socioeconómica que permite la clasificación dinámica de la experiencia sociocultural de los individuos y hogares.

En este texto recurrimos al concepto de *campo cultural* que está constituido por el conjunto de agentes, prácticas y bienes/servicios movilizados para la construcción de experiencias sociales en torno a la cultura. Los indicadores que orientan la interpretación de las dimensiones de ese campo cultural se basan en las categorías socioocupacionales relevadas por la encuesta, recogidas para la descripción y análisis del mundo de trabajo. Se colige con dicho concepto de la información relevada unos perfiles de la población y sus estilos de vida asociados que constituirá el nivel

¹ Doctor en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (París, Francia). Master en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (México D.F., México). Docente de la Universidad Católica "Ntra. Sra. de la Asunción y de la FLACSO Paraguay. Investigador del Instituto de Ciencias Sociales de Paraguay (ICSO Paraguay). E-mail: lortiz@icsso.org.py

interpretativo general del comportamiento de los individuos y sus hogares en términos de su *relación con la cultura*.

En suma, se hizo posible un análisis cultural de la estructura social considerando la *cultura como dimensión del espacio social*. En ese sentido, el análisis despusa como un ejercicio descriptivo del comportamiento de las variables relevadas, pero culmina con un ejercicio interpretativo de las prácticas culturales que rigen la relación de los agentes con el campo cultural, factor asociado a la reproducción cultural de las desigualdades.

1. Aspectos teóricos

Un *campo cultural* constituye un conjunto de prácticas, agentes y relaciones sociales que conforman una esfera de la vida social conocida como la *cultura legítima*. Esta esfera fue caracterizada por su autonomización de la totalidad social y donde las clases dominantes (las burguesías) de las sociedades industriales definen y consagran su legitimidad cultural. Según Theodor Adorno y Max Horkheimer esas clases instituyen la *industria cultural* que difunde una “cultura de masas” -en oposición a la cultura legítima- que les permita asegurar su dominación sobre la clase obrera sofisticando los mecanismos de alienación (Adorno y Horkheimer, 2003: 173).

Según Max Weber el proceso de diferenciación paulatina de la sociedad en distintas esferas de valor hace posible comprender el proceso de autonomización de la cultura como esfera racionalizada (Weber, 1996). Pero el campo cultural no solamente fue objeto de una autonomía relativa respecto de otras esferas de la vida social, dotado de sus criterios de valoración y transacción, sino en su conjunto conformó un campo de prácticas de recepción y divulgación cuya apropiación y dominio por las clases dominantes constituye el principio fundante de su legitimidad cultural.

El campo cultural no implica una definición neutral de cultura y las prácticas asociadas a ella como agotadoras de las prácticas culturales, sino que remiten a condiciones históricas y sociales según las cuales lo definido como *la cultura* encierra una esfera particular de prácticas y representaciones, propia de un grupo particular de la estructura social y al cual debe sus criterios de clasificación. Este *campo cultural legítimo* adquiere el carácter de *la esfera universal de prácticas*, que permite a los agentes que pertenecen a él fundar su condición dominante. “En otras palabras, el esquema cultural es diversamente modulado por un ámbito dominante de la producción simbólica, que proporciona el principal idioma de otras relaciones y actividades. Se puede hablar, entonces, de un sitio institucional privilegiado del proceso simbólico, de donde emana una red de clasificación impuesta al total de la cultura” (Sahlins, 2006: 209)

La estructura social atraviesa el campo cultural y su denominador común lo constituyen las distancias sociales entre las clases sociales desfavorecidas y las acaparadoras del poder y el privilegio, como refiere Lenski. La diferenciación entre las clases sociales adquiere el carácter de desigualdad social cuando las categorías sociales diferentes se jerarquizan y la jerarquía adquiere el carácter de “natural”. El privilegio de las clases favorecidas en la jerarquía social concita el mantenimiento de la desigualdad. La desigualdad social entonces comporta la concentración del privilegio que está a su vez en función del poder (Lenski, 1993: 58). La desigualdad social es una relación de poder.

Las clases sociales se diferencian no sólo por el acceso desigual a los recursos y las oportunidades, sino porque, suficientemente distantes unas de otras, albergan en su interior agentes con marcos comunes de comprensión y experiencias sociales similares, que los asemeja culturalmente. De este modo, la cultura posee una base material, además de constituir un sustrato ideológico y ético que refuerza una división social restrictiva para ciertos grupos y habilitante para otros.

La teoría del espacio social propone que la producción cultural se define socialmente y cobra sentido diferenciado según las categorías sociales. Es una *relación con la cultura*, porque implica no solamente la producción y consumo de las obras sino implica también la distancia con la cultura legítima. La relación con la cultura se expresa en *estilos de vida*. Nos valemos del concepto de *espacio social* para analizar la estructura social (Bourdieu 1970, 1979, 1994) por un propósito práctico: no solamente señala el carácter diferenciado y jerárquico de las relaciones sociales sino también la complejidad de esa diferenciación y jerarquización, lo que lleva a reformular el principio de estratificación basado en el esquema de una escala ordinal.

Para analizar el campo cultural paraguayo, podemos entender y explicar las prácticas culturales de los diferentes agentes (individuos y hogares) por la *distancia más o menos verificable respecto de la cultura legítima*. Esa distancia, que definimos como una *relación con la cultura*, supone una mirada relacional donde una multiplicidad de factores intervienen para caracterizar y explicar porqué adquieren una forma específica en un punto de la historia y los sentidos asociados a esa relación. En efecto, ésta responde a unas condiciones que dan cuenta, por un lado, de las diferentes prácticas culturales explicadas por las diferentes posiciones sociales y, por otro lado, de las diferentes significaciones atribuidas a las diferentes prácticas.

Unas y otras, a saber, posiciones, prácticas y significados, constituyen la base de una clasificación dinámica de *estilos de vida*, es decir, modos de ser y de apropiación del mundo social que permiten entender la estructura social y su lógica de relaciones sociales. Conocer el campo cultural supone el conocimiento de las condiciones sociales donde ésta tiene lugar así de los agentes de las prácticas.

El ejercicio de una práctica puede definirse como definitorio de una clase y significativo de una identidad de clase, si se logra distinguir lo específico de dicha práctica en la estructura de las relaciones de clase. Asimismo, la práctica que define a un grupo y su identidad constituye la base de la diada entre designación y autodesignación que nunca se agota en una definición de sí que hace el grupo ni en una definición externa que hacen otros grupos. “Un grupo no puede ignorar la manera en la cual los no-miembros del grupo los categorizan, y en la mayoría de los casos la manera en la cual el grupo se define a sí mismo solo tiene sentido si se refiere a esta exo-definición. Esta relación aparece en toda su complejidad a través un proceso de categorización mutua, en el curso de la cual los grupos se atribuyen a ellos mismos e imponen nombres a los demás” (Poutignat y Streiff-Fenart, 1995: 154).

La apropiación de los bienes materiales y simbólicos rebasa su valor de uso y en este sentido el valor de uso no existe independientemente de su valor de cambio: el mercado se impone progresivamente en la valoración de los bienes (García Canclini, 2006: 72). Sin embargo, indagar sobre el consumo cultural en sociedades en que la incidencia del mercado es heterogénea en el espacio geográfico y según las condiciones sociales de los

distintos grupos, sesga la comprensión de los procesos culturales asumiendo al mercado como omnipresente, hegemónico y homogéneo. Esto es problemático en latitudes como América latina donde coexisten en el mismo espacio social diferentes grupos, modos de producción y formas de apropiación de las obras culturales. Dicho de otro modo, la definición de las prácticas culturales desde el consumo minimiza la recepción de la cultura que escapa del mercado o se contrapone a él.

Ahora bien, el consumo es una forma particular de *práctica cultural*. Desde este punto de vista, se desplaza el análisis desde la lógica de la oferta y la demanda propia del mercado, para llevarlo al de la lógica de la recepción y apropiación de los bienes culturales, propia de la comunicación social. En este marco, la producción de las obras de cultura implica la asignación de sentido a las prácticas culturales.

Las prácticas culturales forman parte de la experiencia social y se complementan con las normas, valores y obras materiales así como simbólicas que constituyen el fundamento de los estilos de vida y que tienden a perdurar en el tiempo. Las prácticas culturales dan cuenta de lo que Pierre Bourdieu denomina *habitus*, es decir un esquema duradero de conocimiento y acción, incorporado en los sujetos a modo de disposiciones. Las obras culturales no tienen propiedades intrínsecas sino relativas, porque según los *habitus* de clase se dan usos sociales a esas obras resultando en una relación con la cultura y estilos de vida según las clases (Bourdieu, 2000: 169-170).

La *participación cultural* entendida como el conjunto de prácticas del campo cultural define la relación con la cultura superando la noción de “consumo cultural”. El concepto de consumo cultural presenta la estrechez teórica de tratar los bienes y las relaciones con los bienes desde *una lógica de mercado*. En esta perspectiva *el consumo se presenta como modalidad unívoca de la práctica cultural*. La mirada puesta en el consumo, tributaria de las propuestas de la “teoría crítica”, continúa siendo dominante en el estudio del campo cultural. El núcleo duro de esas propuestas consiste en señalar la colonización de todas las esferas de la vida social por una lógica social de mercado (Habermas, 2002), lo que incitó comprender el proceso de la relación entre mercado y cultura bajo la lógica capitalista, regida por una progresiva predominancia del sector industrial en la producción cultural. El corolario de esta concepción es el concepto de “industrias culturales”, que designa la producción cultural masificada como industria *tout court*². El análisis del campo cultural requiere atender tanto la producción, la circulación como el consumo, pero en la práctica, adquirió relevancia solamente éste último (Sunkel, 2006).

En el análisis del acceso al arte en especial y al campo cultural en su conjunto, se hace necesario dar cuenta, como refiere García Canclini, de la diferencia entre forma y función traduciéndose en una diferenciación en los estilos de vida según los bienes que hacen a la reproducción material y los signos que organizan la distinción simbólica. Se hace necesario en la experiencia social de la modernidad la *divulgación* de los bienes de cultura para asegurar la expansión del mercado y el incremento de la rentabilidad económica y la *distinción* para establecer las diferencias entre las clases sociales y las fracciones de clase a través de las prácticas culturales enfrentando los efectos de la

² La palabra cultura es a veces utilizada en un sentido restringido para designar la industria de los “bienes culturales”, es decir, las empresas y las actividades de producción, distribución y administración de derechos de reproducción técnica (en el sentido de Benjamin). Este sector, bajo el efecto del desarrollo de tecnologías de la información, está en plena transformación y su perspectiva es el objeto de controversias.

divulgación que la masificación del acceso a la cultura genera (García Cancilini, 2005: 37).

Nuestra hipótesis es que en el campo cultural paraguayo la divulgación se cumple parcialmente y la distinción por la cultura no constituye un mecanismo hegemónico de diferenciación social. Las prácticas culturales, por lo tanto, consistirían más bien en un vector de expansión de la lógica cultural denominada “modernidad” ante una sociedad de reciente masificación del acceso y consumo de bienes materiales en general y obras de cultura en particular³.

Para el análisis que se expondrá en este artículo se consideran tres dimensiones de la encuesta de hogares que abarcan las condiciones de existencia y el campo cultural. Las primeras conciernen las secciones de *características socioeconómicas* de los individuos. La segunda involucra las secciones del módulo de información cultural que se distinguen en *uso social de la educación*, las *prácticas prescindentes de la alfabetización* y las *prácticas de tradición oral*. La tercera es una sección especial, la de *patrimonio cultural del hogar*.

2. El campo cultural y la estructura social paraguaya

Una oposición convencional en el campo cultural de la sociedad capitalista, a saber, de la tradición y la modernidad, se expresa en una serie de oposiciones tales como lo culto y lo vulgar, la vanguardia y el arcaísmo, lo abstracto y lo concreto, que permite entender la experiencia y el *sentido de la experiencia* en el acceso a los bienes culturales: la producción y la recepción de esos bienes se hallan en función de la serie de oposiciones que traducen en cierta medida la diferenciación social, aunque con matices colmados de significados. Las prácticas culturales se entienden como experiencias significativas y traducen visiones de mundo con sus correlatos factuales.

Estas experiencias significativas se expresan en diferencias culturales que pueden observarse en las prácticas cotidianas ordinarias pero también en las regularidades objetivables más duraderas de las relaciones. De este modo esas experiencias y visiones diferenciadas, generalmente homogéneas según las clases sociales, constituyen los *estilos de vida* (Bourdieu, 2000). A las distintas posiciones en un espacio social dado corresponde estilos de vida que son la expresión simbólica de las diferencias inscriptas objetivamente en las condiciones de existencia. He aquí porqué la experiencia de clase es una experiencia social significativa, dotada de sentido, de valor y de valoración.

La homogeneidad de los hábitos de clase, que asegura la homogeneización de los estilos de vida, hace inteligible y previsible las preferencias y las prácticas de los agentes. A la correspondencia entre clase social, hábitos y estilo de vida denominaremos en este estudio “perfil sociocultural”. Éste constituye una tipología descriptiva que clasifica la población paraguaya y confiere inteligibilidad a la diferenciación social cuya base es la relación entre las condiciones de existencia y el campo cultural. En este sentido se presenta una estructura social observada desde las prácticas.

³ Una característica típica de la modernización es la aceleración del proceso de urbanización, aumentando la densificación de las interacciones sociales y de los flujos mercantiles, proceso que en Paraguay es de reciente data.

El análisis del módulo de información cultural involucra tres aspectos generales. En primer lugar, la exposición de los resultados descriptivos de los sistemas de variables, no así de la distribución de frecuencia de las variables individuales, dado que no permiten observar la incidencia conjunta y relacional de las prácticas culturales en la conformación de la estructura social.

En segundo lugar, se plantea la interpretación de las relaciones entre las variables en dichos sistemas, en función de la hipótesis de que esa estructura social se construye y se reproduce sobre la base de posiciones sociales ocupadas en la sociedad y significados sociales atribuidos a la experiencia social.

En tercer lugar, se discute las especificidades del campo cultural paraguayo en el cual las prácticas no se asocian del todo a un sesgo de clase, entreviéndose instancias en que las prácticas sociales se contraponen a la lógica hegemónica del campo cultural legítimo: la distribución desigual del capital cultural no es un factor determinante de la experiencia social de la cultura, habida cuenta de un acervo cultural en tensión con el mercado.

El análisis de la práctica cultural que proponemos plantea la distinción entre el descanso y el ocio como parte del habitus de clase, demarcación crucial para entender la lógica de diferenciación social en el campo cultural. Cuanto más se descende en la jerarquía social la indiferenciación entre ocio y descanso desemboca en la concepción del empleo útil del tiempo según la cual el descanso se limita al sueño y se contrapone al trabajo de toda la jornada, mientras que la concepción del empleo medido del tiempo distingue la ocupación laboral del tiempo de entretenimiento, considerado éste como una práctica posible, plausible y variada según la oferta disponible y según los estilos de vida.

2.1. La lectura

Las prácticas del campo cultural, analizadas a los efectos de este estudio, no pueden adquirir su verdadera definición y significado si no se entiende que el atributo de la práctica supone un sentido que se le imputa y que varía según la posición en el espacio social. La práctica de la lectura, por ejemplo, no corresponde solamente a la recepción de cualquier soporte y cualquier contenido, sino que significa y define a un agente típico según que éste otorgue mayor valoración a un soporte y a un contenido en función, a su vez, del valor de su posición en la estructura social (Bourdieu, 1979, Lahire, 1995).

Según Roger Chartier, los textos en tanto objetos culturales, tienen distribuciones diferenciadas según los grupos sociales aunque no en función directa de las clases sociales sino en función de la relación de los grupos con los textos: las preferencias de lectura se jerarquizan si se trata de grupos letrados, virtuosos, con una herencia y experiencia de relación con la textualidad escrita, o bien si se trata de grupos de letrados incipientes o conversos, que leen en voz alta para comunicarse a sí mismos lo que leen (Chartier, 2005: 108). Unos no sólo leen sino modelan la lectura, en ese sentido resignifican la escritura; otros se informan y, así, se familiarizan con la lectura.

Conforme se diversifican los medios y las temáticas de lectura, los grupos que disponen de los medios de apropiación de la escritura por la lectura, tales como los profesionales e intelectuales, seleccionan los textos que se caracterizan por su extensión, por su densidad y, por lo tanto, por su escasez (como en el caso paraguayo). El carácter

académico y de baja divulgación en la vida cotidiana constituye el indicador de su exclusividad, de su baja distribución y de este modo, de su distinción cultural que es signo de diferenciación social. En esta línea requiere analizarse las prácticas de lectura.

En la sociedad paraguaya, el conjunto de prácticas relacionadas con la lectura presenta una distribución diferenciada por la posición ocupada en la estructura social. En efecto, las categorías sociales no solamente se diferencian por la magnitud en que ejercen determinadas prácticas sino por el tipo de práctica predominante en los diferentes órdenes de la experiencia social en el campo cultural.

Para empezar por la práctica de la *lectura de diarios*, el 74,66% de los altos funcionarios del Estado y directivos empresariales (categoría 1) leen diariamente un periódico de circulación diaria, pasando a un 62,59% en el caso de los profesionales, científicos e intelectuales (categoría 2). Una proporción similar en el ejercicio de dicha práctica se da en las categorías siguientes del espacio social, a saber los técnicos y profesionales de nivel medio así como los empleados de oficina (60,81% y 61,31% respectivamente), mientras que al pasar a la categoría de trabajadores de servicios y comerciantes (categoría 5) se da una caída abrupta en la proporción de lectura de dicho medio (40,37%) para subir nuevamente en la categoría operadores de maquinarias y montadores (55,76%). Las tres últimas categorías presentan un menor hábito de lectura de diarios: la de oficiales, operarios y artesanos en un 37,73%, la de trabajadores no calificados en un 31,09% y la de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas siendo la que menos la ejerce, con apenas un 8,31%.

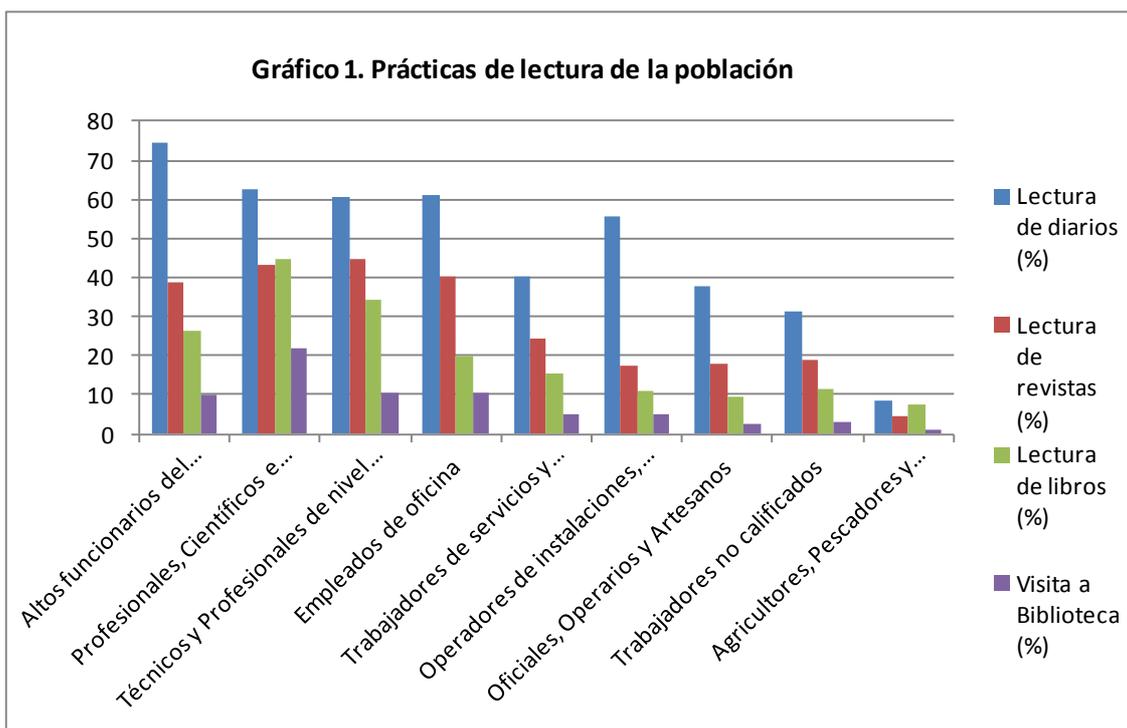
De los que leen alguna vez el diario, cada categoría tiene una frecuencia predominante en sus hábitos de lectura. Tanto los altos funcionarios del Estado y directivos de empresas, como los técnicos y profesionales de nivel medio son quienes en mayor proporción leen todos los días (51,27% y 47,43% respectivamente). La categoría de profesionales, científicos e intelectuales, de mayor capital cultural en la sociedad paraguaya, no tienen el hábito de leer diariamente los periódicos en la misma proporción que las citadas, alcanzando un 40,13%, es decir menor categorías de clases medias o desfavorecidas, como la de operadores de maquinarias y montadores con un 41% y la categoría de trabajadores no calificados con un 44,08% respectivamente. Otras categorías cuya frecuencia predominante de lecturas de periódicos es diaria son las de trabajadores de servicios y comerciantes (33,90%) y empleados de oficina (31,36%). Las tres categorías sociales de las clases desfavorecidas leen los periódicos predominantemente una vez a la semana, en proporción creciente de las categorías menos a las más desfavorecidas.

En la práctica de lectura de diarios, según las evidencias de la encuesta de hogares, se derivan tres conclusiones. No se trata de una práctica de alcance total en la población paraguaya: incluso en la categoría social superior en la estructura social su ejercicio alcanza a tres cuartas partes de sus integrantes. Por otra parte, la distribución de la práctica es desigual conforme a la posición ocupada en la estructura social, ejerciéndola en mayor proporción los de categorías más altas y en menor proporción los de las más bajas. Finalmente, la frecuencia predominante de lectura no presenta un patrón uniforme al interior de las clases, dándose una tendencia más marcada de lectura diaria entre las clases más altas y de frecuencia ocasional entre las clases bajas, aunque el interior de cada una haya divergencias marcadas en la distribución.

En cuanto a la práctica de *lectura de revistas*, podemos observar un comportamiento diferente de la lectura de diarios, evidenciándose el descenso porcentual. En primer lugar, los profesionales, científicos e intelectuales presentan conjuntamente con los técnicos y profesionales de nivel medio los porcentajes más altos de lectura de revistas, de 43,39% y 44,49% respectivamente. El segundo lugar en la incidencia porcentual de la lectura de revistas se da en la categoría de trabajadores de servicios y comerciantes (24,58%), seguido de las categorías de operadores de maquinarias y montadores (17,36%), la de oficiales, operarios y artesanos (17,96%) y los trabajadores no calificados (18,75%). Lejos queda la categoría agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas dentro de la cual lee revistas solamente un 4,39% de sus integrantes.

Entre los que leen revistas, cada categoría social tiene un tipo predominante de lectura. El de mayor proporción es el de revistas de literatura, de los profesionales, científicos e intelectuales con un 49,66%, seguido de las revistas de espiritualidad y autoayuda de los trabajadores de servicios y comerciantes con un 39,34%. En la categoría social más alta (altos funcionarios del Estado y directivos empresariales) predomina las revistas profesionales, aunque su proporción es mucho más baja de las dos categorías recientemente citadas (sólo del 14,65%). En la categoría más baja, el tipo predominante de revistas es el escolar, con una baja proporción de lectura igualmente (10,26%).

En la práctica de lectura de boletines, la proporción de lectura es aún más baja. Los profesionales, científicos e intelectuales son de la categoría cuya participación porcentual en la práctica de lectura de esta modalidad de publicación es la más alta, a saber del 30%, seguido de los técnicos y profesionales de nivel medio y los empleados de oficina con 24,54% y 25,15% respectivamente. Los altos funcionarios estatales y directivos empresariales se sitúan recién en cuarto lugar con un 22,15%; el porcentaje cae drásticamente a poco menos de la mitad en la categoría trabajadores de servicios y comerciantes, descendiendo paulatinamente en las categorías sociales desfavorecidas hasta dar con la proporción de solamente 2,48% entre los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas.



En la práctica de lectura de revistas y boletines se derivan tres características. En primer lugar, que respecto de la lectura de diarios, la de revistas desciende abruptamente, en algunos casos de categorías, a la mitad; asimismo, respecto de ésta última, la lectura de boletines desciende también marcadamente. Asimismo, el tipo de revistas que no se vinculan directamente a la profesión sino que poseen un objeto de carácter de consumo artístico es predominante en categorías cuya ocupación es estrictamente intelectual, mientras que las categorías de formación universitaria pero de ocupaciones que vinculan el trabajo manual e intelectual, el tipo de revistas es más profesional o bien de espiritualidad. Las categorías más desfavorecidas consumen revistas de distensión deportiva o bien de carácter escolar, éste último tipo ligado a actividades de los hijos en el hogar. Finalmente, la lectura de boletines no presenta un marcado patrón ascendente o descendente por categorías sino por clase social, lo que es coherente con su bajo nivel de incursión en la población.

Asimismo, la suscripción a una publicación es menor al 10% en cualquier categoría; el más alto porcentaje se da entre las tres primeras categorías, a saber de de los altos funcionarios del Estado y directivos empresariales, de los profesionales, científicos e intelectuales y, de los técnicos y profesionales de nivel medio (8,19%, 8,89% y 6,69% respectivamente). De la categoría empleados de oficina para abajo en la escala de la estructura social la proporción porcentual de suscripción desciende hasta las dos últimas categorías, las más desfavorecidas, en las que prácticamente no se da la práctica de suscripción a publicaciones. *Se derivan dos puntos fundamentales de las evidencias sobre suscripción a publicaciones: i. la proporción es baja, lo que puede deberse al aun relativo bajo desarrollo de la correspondencia postal para la circulación de mensajes, bienes y servicios; ii. es una práctica casi exclusiva de la clase alta.*

En la práctica en la que queda marcada la incidencia del capital cultural es la lectura de libros. Como se observa en el gráfico 2.1., los profesionales, científicos e intelectuales constituye la categoría donde se da la mayor proporción porcentual con un 44,74%,

seguido de los técnicos y profesionales de nivel medio con un 34,03%. Recién en tercer lugar llega la categoría de altos funcionarios estatales y directivos empresariales con un 26,51% de sus integrantes que han leído un libro en el periodo indagado. Las categorías 4 y 5 presentan una distribución porcentual del 19,76% y del 15,28% respectivamente. Las cuatro categorías más bajas descienden paulatinamente en el porcentaje de lectura de libros, dándose lo que se esperaba en el caso de la categoría agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas: que tiene menos familiaridad libresca, con apenas un 7,36%.

Se observa en efecto que la media de libros leídos en el periodo indagado (últimos seis meses) es de 2 para la mayoría de las categorías, salvo para la de profesionales, científicos e intelectuales con una media de 3 libros leídos y la categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas con apenas 1 libro leído.

Ahora bien, si observamos el tipo predominante de libros leído por cada categoría, vemos que la categoría de profesionales, científicos e intelectuales prefiere los artísticos, además en una alta proporción (72,27%). Por su parte, la categoría de altos funcionarios estatales y directivos empresariales prefieren libros relacionados con temas dispersos tales como la cocina, la decoración o los viajes (16,19%). Las categorías sociales medias escogen preferentemente libros de espiritualidad, historias y cuentos, mientras que las categorías desfavorecidas los libros de género indefinido, los libros de deporte o bien, un tipo importante de libros, predominante en la categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas, a saber, el de los religiosos.

Las conclusiones sobre la lectura de libros apuntan a que es marcadamente más baja que la lectura de la prensa diaria: se asemeja más en su distribución a la lectura de revistas, lo que indica que posiblemente compartan cualidades sociales comunes en la consideración de los públicos lectores. Además, la lectura de libros está asociada al capital cultural, de mayor peso en las clases altas, pero específicamente en la categoría de profesionales, científicos e intelectuales, lo que indica su asociación marcada con el nivel educativo. Finalmente, es relativamente baja, incluso en ésta última categoría, de la media de libros leídos en el periodo de los últimos seis meses, asociado a su vez a la baja predominancia del género más frecuentemente leído en cada categoría social.

Finalmente, entre las prácticas de lectura la visita a la biblioteca presenta una marcada frecuencia en la categoría 2, con casi 22% de sus integrantes que la ejercieron en el periodo indagado y tal como era de esperarse, dado su alto capital cultural. Las demás categorías de las clases altas de la estructura social llegan a solamente la mitad de proporción porcentual de la categoría 2, así como esta práctica cae a prácticamente un quinto de la categoría 2 cuando se trata de los trabajadores de servicios y comerciantes así como de los operadores e instaladores de maquinaria y montadores (4,79% y 4,78% respectivamente). Las tres últimas categorías de las clases desfavorecidas descienden a su vez a la mitad, hasta el caso límite de la categoría agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas de la cual solamente un 1,18% visitó una biblioteca en el periodo en cuestión (últimos seis meses). Lo notorio es que dentro de los que visitaron, dentro de cada categoría, la media osciló entre 5 y 8 visitas en el periodo en todos los casos salvo en la categoría oficiales, operarios y artesanos, que lo hizo en un número de lejos superior, a saber, 14 visitas en el periodo.

Se coligen dos consecuencias, a saber, que la visita bibliotecaria no es un patrón común ni siquiera entre las clases más altas de la estructura social, salvo en la de

profesionales, científicos e intelectuales con un quinto de su población que visitó dicha institución; asimismo, que el número medio de visitas es de una vez por mes (considerando el periodo indagado por la encuesta, de seis meses) lo que es bajo.

2.2. La escritura

Como sostiene Jack Goody, es en el “pensamiento íntimo” donde se define el tipo de comunicación de los sujetos consigo mismos y con los demás, es decir, donde se delimita el tipo de pensamiento referido a las situaciones concretas, dotada de poca densidad de abstracción, o bien el pensamiento referido a las situaciones posibles de ser diferidas por la abstracción, reteniendo, resumiendo o reelaborando los mensajes. Con esta distinción, la escritura transforma la comunicación íntima, indiferenciada, en comunicación con otros, codificada (Goody, 1979). La “razón gráfica” no logra separar la intimidad y la exterioridad porque no dispone de la mediación que hace posible esta distinción: la escritura. Es por ello que la transmisión oral de las prácticas está basada en un vínculo íntimo entre el cuerpo y la experiencia, entre el ser y el hacer, que la transmisión escrita de los saberes demarca sometiéndose a la lógica de las instituciones.

En la misma lógica Goody señala que la escritura pasó de constituir un medio de comunicación para convertirse en un medio de significación de demarcaciones sociales en tanto constituye un nuevo modelo de pensamiento, reservado a un nuevo poder de demarcación entre lo concreto y lo abstracto, así como de lo espacial y lo temporal (Goody, 2003: 54). La escritura, al constituir un medio que difiere el sentido de la situación de emisión respecto de la situación de recepción, difiere también el objetivo de comunicar mensajes al de construir sentidos, indicando en uno y otro el rango social y el prestigio cultural. Se entiende entonces la función de poder de la escritura.

Según Bernard Lahire, en su análisis de la experiencia de los sectores sociales desfavorecidos respecto de la cultura escrita, el “iletrismo” define a las familias de clases populares: no es la condición de escolarización o la dotación de un patrimonio cultural escrito las que definen el alfabetismo como modo de comunicación sino la relación cotidiana con la alfabetización y la relación familiar con la escritura (Lahire, 1995: 18-19). En este estudio, considerar las prácticas de transmisión oral en función de su distribución y en función de su proximidad o lejanía de altos niveles educativos señalarán la significación de la escritura, el lugar práctico ocupado por la educación formal y las condiciones objetivas y subjetivas de inserción en el campo cultural.

La práctica de escritura orientada a la cotidianeidad, sea que tenga la apariencia de la finalidad pragmática y la distensión pasajera o bien la que involucra el sentido de lo sublime y delicado, lo prescindible pero apropiado, denota una diferenciación entre los individuos y familias diferentes: dada una baja tasa de alto nivel educativo, la familiaridad con la escritura tendrá seguramente una baja distribución. Porque como lo señala Bernard Lahire, estos gestos de *literacy* en la vida cotidiana denotan una familiaridad con la cultura escrita, la que a su vez describe y explica una serie de disposiciones en la familia a la planificación del tiempo, de la organización del espacio y, porqué no, del logro escolar. El análisis del alfabetismo no puede basarse en la escolarización sino en las habilidades que la cultura escrita, aprendida en la institución escolar, habilita. Ésta, a su vez, varía, como lo sostiene Roger Schofield, según los grupos, los periodos y las regiones (Schofield, 2003: 348-349).

En Paraguay, la práctica de escritura, en general, es más frecuente en la categoría social “profesionales, científicos e intelectuales”, sin importar la especificidad de la práctica, lo que se explica porque es la categoría social que cuenta con mayor capital cultural. La categoría con menos ejercicio de la escritura es también la de menor capital cultural, a saber la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas.

Ahora bien, la práctica de escritura de menor ejercicio es la de redacción de escritos literarios breves (cuentos, poesías, ensayos), en la mayoría de los casos oscilando en torno al 5%, salvo la categoría de profesionales, científicos e intelectuales con un 13,70%. Otra práctica de baja incidencia, aunque mayor que la redacción de escritos literarios, es la de escribir mensajes a mano, con una frecuencia alta en la categoría de profesionales et al. cercana a un quinto de su población, mientras que una frecuencia baja de solamente 1% en la categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas. En contrapartida, la práctica más extendida es la de llevar la cuenta de ingresos y gastos, cuya proporción de uso en las dos categorías sociales más altas es de 52,82% y 56,65% respectivamente, mientras que las dos categorías más bajas es de 17,22% y 7,06%. Otra práctica de escritura difundida es la de utilizar agenda, cuya frecuencia es marcadamente alta en las categorías sociales superiores y marcadamente baja en las categorías desfavorecidas. Finalmente, una práctica de escritura con rasgos de menor desigualdad en la frecuencia es la de ayuda en tareas escolares según la cual la categoría social con mayor práctica, la segunda, lo efectúa un 48,46% de su población contra casi 12% de la población de la categoría 9, la más desfavorecida.

Las derivaciones de esta dimensión apuntan a que, salvo la categoría con mayor capital cultural de la población, menos de la mitad de los integrantes de todas las demás categorías sociales ejercen una práctica de escritura cualquiera. Además la distribución de la práctica de escritura según las clases sociales es desigual: las categorías superiores con mayor proporción porcentual en su ejercicio a contrario de las categorías desfavorecidas con una baja frecuencia de prácticas escriturales. Por otro lado, las prácticas de redacción literaria son extremadamente bajas dada la baja incidencia de la lectura literaria incluso en las categorías con mayor capital cultural, como vimos en el acápite anterior de este estudio; el mismo comportamiento presenta la escritura de mensajes a mano, que requiere un trabajo de construcción de ideas y argumentos, aun cuando fuera mínimo. Finalmente, la distribución de frecuencia más alta se da en la escritura de carácter práctico, relacionada con las rutinas y obligaciones de la vida cotidiana, a saber, el uso de agenda, la cuenta de ingresos y gastos así como la ayuda a otros miembros del hogar en sus tareas escolares.

2.3. Uso de los medios masivos de comunicación

En otra dimensión del campo cultural, las prácticas que prescinden del alfabetismo tales como la escucha radiofónica o la televisión refieren la experiencia social que se opone a la vinculada con la cultura escrita, tomando más bien relación con el empleo del tiempo en el hogar y la nueva noción de entretenimiento. En efecto, la escucha radiofónica por ejemplo tiene un componente dual y funcional: permite extender el dominio de lo laboral al de la sociabilidad, resignificando una práctica solipsista en una práctica social, la de la “escucha del mundo”: la interpretación colectiva de los informativos y hechos diversos, la apreciación de la música o la discusión sobre los deportes, asimismo la resignificación del ámbito doméstico.

La población paraguaya en sus diferentes categorías sociales escucha radio en una alta proporción. La diferencia porcentual de esta práctica entre la categoría social superior, a saber, los altos funcionarios estatales y los directivos empresariales (92,82%), y los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas (80,27%), es de apenas 12,6 puntos. Si bien se observa una desigualdad de acceso a la radio entre los sectores más y menos favorecidos de la estructura social, la diferencia no es marcada, ya que una proporción mucho mayor de la mitad del sector social más rezagado ejerce dicha práctica y puede extraer beneficios de ella. Por otra parte, entre aquellos que acceden a la escucha radiofónica, cerca del 70% lo hace todos los días, no habiendo diferencias marcadas entre las categorías sociales.

Ahora bien, la práctica cultural de la escucha de radio se diferencia en términos del tipo de programa escuchado, pudiéndose constatar que las cuatro categorías superiores de la estructura social lo hacen predominantemente de emisiones de contenido económico-financiero, aunque en proporciones bien diferentes: los profesionales, científicos e intelectuales haciéndolo en un 22,48%, mientras que los empleados de oficina en un 5,82%. Por su parte, una alta proporción (38,85%) de la categoría de trabajadores de servicios y comerciantes escucha programas de tipo religioso, mientras que el más alto porcentaje (10,96%) de la categoría de operadores de maquinaria y montadores escucha predominantemente programas de tipo cultural; asimismo la categoría de oficiales, operarios y artesanos en su proporción más importante (23,12%) escucha programas deportivos. Los trabajadores no calificados son aquellos cuyos integrantes en una marcada mayoría (57,04%) escucha programas de hechos diversos y, finalmente, un 27,71% de la categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas escucha predominantemente noticias.

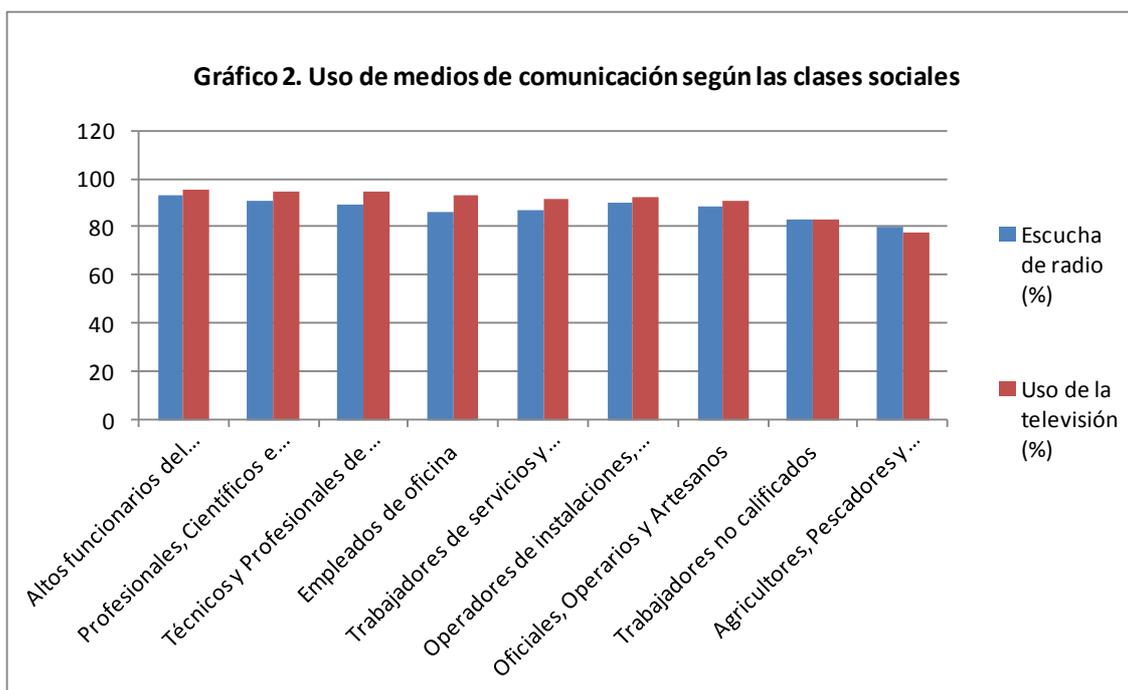
Finalmente, entre las prácticas de escucha radiofónica se halla la de escuchar música. En términos del género musical, de aquellos encuestados que respondieron que escuchan música en la radio, la mayor proporción porcentual la constituye la de la categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas, que en un porcentaje de 30,82% escucha música folclórica paraguaya; por su parte, la categoría de profesionales, científicos e intelectuales en un 25,51% escucha música del mundo y, en la misma proporción, jazz. Las demás categorías oscilan entre un 7% y un 19% respectivamente entre géneros que van del rock and pop retro, pasando por el tecno-rap, música latinoamericana y música del mundo, a música de difusión masiva (v.gr. la “cachaca”, la “cumbia villera” o el “reggaeton”, esta última en la categoría social de trabajadores no calificados principalmente. Una categoría solamente, a saber, de trabajadores de servicios y comerciantes no escuchó música en gran proporción (29%).

La televisión irrumpe fundamentalmente como actividad colectiva en la vida doméstica y va cobrando una forma individual, fragmentada y fragmentadora, con la televisión por cable. De este modo, conforme se da un uso de la “tele” en carácter solitario o familiar, con mayor o menor dedicación de tiempo, se colige su significación social y su inscripción en la estratificación social.

En Paraguay, el uso de la televisión presenta una distribución similar a la de la radio aunque con una leve mayor desigualdad, lo que implica un mayor porcentaje de frecuencia en las categorías sociales superiores, en torno al 95%, y un porcentaje notoriamente menor en la categoría social desfavorecida, de 78%. Como puede constatar, la diferencia porcentual media es de 17 puntos, a diferencia de los 12,5 en

la escucha de radio. Entre los que ven televisión, la media gravita entre un 82,7% y un 91,6% en toda la estructura social, la menor frecuencia dándose en la categoría social superior, a saber los altos funcionarios estatales y los directivos empresariales, mientras que la mayor frecuencia se da en la categoría de empleados de oficina respectivamente.

Los tipos de programa predominantes, según las categorías sociales, son los documentales de ciencia (categoría 2) y de historia (categorías 3 y 6 respectivamente), los económicos, culturales y políticos (categorías 1, 4 y 5 respectivamente), los deportivos (categoría 7) y las telenovelas (categorías 8 y 9 respectivamente), cuyas frecuencias se distribuyen entre un 10,7% (programas culturales) y un 38,2% (documentales sobre historia), la primera de los integrantes de la categoría empleados de oficina y la segunda de la categoría técnicos y profesionales de nivel medio.



Se deriva entonces que las distribuciones en la escucha de radio como la atención a la televisión son similares, constatándose su carácter masivo en la actualidad para entender la conformación de representaciones e imaginarios comunes dada la globalización de la cultura a través de los medios de comunicación. Por otra parte, observamos que la distinción en el uso de los medios, según las clases sociales, se constata en los tipos de programas de escucha radiofónica y de televisión, según los cuales aquellos de menor difusión masiva por la necesaria mediación del capital cultural, se hacen frecuentes en las categorías sociales donde dicho capital es característico de su condición estructural.

2.4. Participación cultural pública

La *participación cultural pública* concierne la asistencia a espectáculos de proyección y recepción en el marco de un espacio de concurrencia pública. Incluye la asistencia a espectáculos, museos y sitios patrimoniales (monumentos, parques nacionales, parques naturales). Respecto de la misma hacemos dos precisiones. En primer lugar, la oferta disponible para la práctica de visita al museo se agota en pocos museos públicos que a

su vez no disponen de exposiciones temporales rotantes. En segundo lugar la sensibilidad por el arte, para su apreciación, supone incorporar la herencia de la *experiencia de apreciación*, que generalmente tiene una baja distribución en sociedades donde la cultura legítima fue periférica durante gran parte de su historia.

El análisis de la apreciación de las obras de cultura entendida como lo propone Jean Baudrillard, de una relación con un sistema de objetos, implica el análisis de “los cambios de estructuras sociales ligados a su evolución (...). Así pues, no se trata de objetos definidos según su función o según las clases en las que podríamos subdividirlos para facilitar el análisis, sino de los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos y del sistema de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello” (Baudrillard, 1969: 2).

Las actividades de espectáculos, en tanto obras culturales, proveen una diversificación y oferta más variada que la de los museos públicos. Aquí, entonces, corresponde conocer la frecuencia con la que acuden a cada una de ellas las diferentes clases, lo que permite a su vez entender, por un lado, a qué perfiles de la población están orientados sociológicamente esas obras y, por otro lado, qué significados tienen para los agentes.

Según Richard Hoggart, el realismo de la experiencia estética de las clases populares se explica por el peso del reino de la necesidad sobre el de la libertad, es decir, de la reproducción ordinaria por sobre la producción extraordinaria, que sintetiza el sentido de lo particular y el gusto por lo concreto, sin la perspectiva temporal y moral que difiere el bienestar ético por el placer estético y que proyecta la apreciación artística a los menesteres ajenos a la vida cotidiana (Hoggart, 1975: 152).

Según la estructura social y la historia cultural de los casos nacionales, este análisis redefine lo “culto” y lo “vulgar”, de modo que el campo cultural paraguayo se entiende, en su especificidad, marcado por el reciente impulso de la urbanización y la mutación de la otrora impronta rural de la sociedad. En efecto, la experiencia social de las clases populares se debate entre visiones de mundo de raigambre agraria que van quedando atrás y representaciones en fase de construcción dada la matriz urbana de las últimas transformaciones económicas y culturales, circunscripto al sector del comercio y los servicios que con mayor ímpetu que en otras latitudes refuerza una lógica cultural que se define por la compra y venta así como por la escasa identidad entre productor y producto, típica de la esfera cultural masificada de la sociedad industrial⁴.

De los cuatro tipos de espectáculos, el de menor asistencia es el cine. En efecto, la categoría que más asiste es la de altos funcionarios estatales y directivos empresariales en tan solo un 14% de la población que la conforma, seguida de los profesionales, científicos e intelectuales en un 10,74% así como de los técnicos y profesionales de nivel medio en un 10,47%. La siguiente proporción porcentual cae a menos de la mitad en la categoría empleados de oficina respecto de las tres primeras categorías evocadas (4,95%) y desciende progresivamente hasta una participación nula en espectáculos cinematográficos por parte de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas. La baja concurrencia, incluso en la categoría de mayor capital cultural (segunda categoría) puede deberse a la escasa oferta de “cine de arte”, lo que obliga a otras formas de recepción de las obras culturales cinematográficas.

⁴Cuestión a la que iba dirigida la crítica de la Escuela de Frankfurt con el concepto de “industria cultural”.

Entre los que concurrieron al cine, los trabajadores de servicios y comerciantes asistieron en una alta proporción porcentual a proyecciones de cine erótico (80,7%) mientras que los profesionales, científicos e intelectuales a proyecciones de documentales (63,5%), seguidos de la categoría de operadores de maquinaria y montadores que asistieron también a documentales (42%). Las restantes categorías oscilan entre un 8,3% que prefiere proyecciones de terror (empleados de oficina) y un 24,3% proyecciones de ciencia ficción (técnicos y profesionales de nivel medio).

La asistencia a espectáculos por *razones escolares y profesionales* se da en mayor proporción porcentual (36%) en la categoría de profesionales, científicos e intelectuales, seguido de la categoría más elevada de la estructura social, a saber los altos funcionarios del Estado y directivos de empresas (25%), en tercer lugar quedando la categoría de técnicos y profesionales de nivel medio (22,6%). Las categorías sociales de clases medias, a saber la cuarta, quinta y sexta, descienden en los porcentajes de asistencia escolar-profesional a espectáculos 19,1%, 12,3% y 12,9% respectivamente. Las tres últimas categorías presentan las más bajas proporciones de asistencia, quedando en rezago la de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas con apenas un 6,5%.

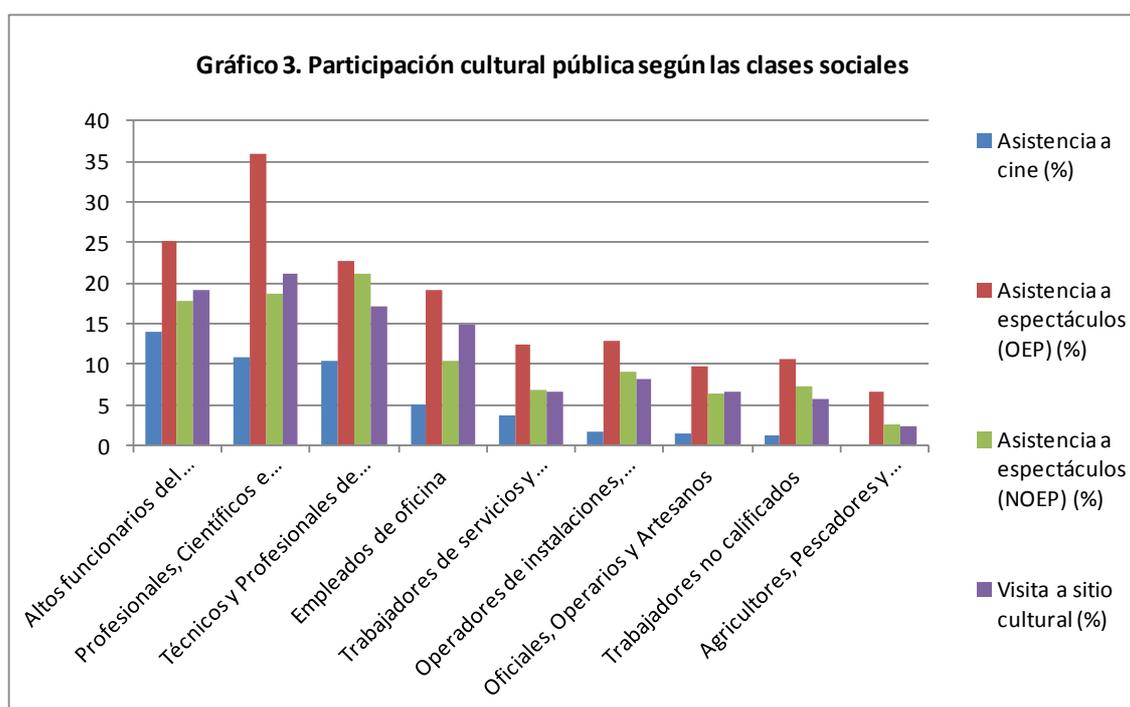
Para las fracciones que asistieron respectivamente en cada una de las categorías, la más asidua fue la de profesionales, científicos e intelectuales, que en un 51,5% asistió a exposiciones (especialmente de fotografía). Le siguen las categorías de técnicos y profesionales de nivel medio y la de operadores de maquinaria y montadores, que asistieron a conciertos de música clásica en un 33,6% y a conciertos de cualquier tipo en un 33,3% respectivamente. La categoría más elevada, de los altos funcionarios y directivos empresariales también prefieren (23,6%) la asistencia a conciertos de música clásica. La asistencia a museos fue una práctica característica de dos categorías sociales, a saber, de los trabajadores de servicio y comerciantes (26%) y de los oficiales, operarios y artesanos (22,6%). Finalmente, los espectáculos folclóricos congregaron principalmente a los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas con un 20,5% de su población, mientras que los trabajadores ni calificados asistieron predominantemente a festividades religiosas con un 17,9% de su población.

La asistencia media a espectáculos *fuera de razones escolares y profesionales* cae notablemente respecto de la asistencia por algún tipo de obligación. Se da una mayor proporción porcentual (21,3%) en la categoría de técnicos y profesionales de nivel medio, donde se mantiene prácticamente el porcentaje. Entre las demás categorías superiores de la estructura social se observa una caída notoria, por ejemplo en la categoría de profesionales, científicos e intelectuales donde se observa una reducción de casi la mitad en la participación en espectáculos, mientras que en la categoría altos funcionarios y directivos empresariales la disminución es del 25,1% al 17,8%.

Se observa una caída también en las categorías de las clases medias y desfavorecidas. Entre las primeras, las más notorias son las de los empleados de oficina que descienden del 19,1% a 10,4% mientras que en la de los trabajadores de servicios y comerciantes disminuye a casi la mitad, es decir del 12,3% al 6,8%. Entre las segundas, la caída más importante, de casi dos tercios, se da en la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas cuya asistencia a espectáculos por razones escolares baja del 6,5% al 2,6%.

El tipo de espectáculos al que más asistieron las distintas categorías da cuenta de una marcada distinción de clase: exposición de pintura y dibujo así como visita a museos fueron las principales esferas de participación cultural de las categorías de altos funcionarios y directivos empresariales así como de los profesionales, científicos e intelectuales, mientras que la de los técnicos y profesionales de nivel medio y de los empleados oficinistas -constituyen las categorías superiores de las clases medias- se volcaron a la asistencia a conciertos musicales genéricos y también a la visita a museos. Las fracciones bajas de la clase media y las categorías de las clases populares en general, asistieron a espectáculos de carácter popular tales como los espectáculos folclóricos, las festividades populares y las fiestas religiosas, salvo la categoría social desfavorecida de trabajadores no calificados que asistieron porcentualmente en mayor proporción a exposiciones de pintura y dibujo.

Finalmente, la práctica de visita a sitios históricos y/o culturales es ejercida por menos del cuarto de población de cualquier categoría social analizada. Sin embargo, las mayores proporciones se observan en las categorías sociales superiores, la de profesionales, científicos e intelectuales siendo, también en este indicador, la más alta con un 21,1%; le siguen la categoría de los altos funcionarios y directivos empresariales con un 19,1%, la de los técnicos y profesionales de nivel medio con un 17% y los empleados de oficina con un 15%. Muy por debajo (8,2% y menos) se hallan las dos categorías inferiores de las clases medias (trabajadores de servicios y comerciantes; operadores de maquinarias y montadores) y todas las categorías de clases desfavorecidas. Entre los tipos de sitio visitados, las clases superiores y la categoría superior de las clases medias (técnicos y profesionales de nivel medio) se hallan los museos nacionales y sitios históricos, mientras que la mayor parte de las categorías de clases medias y las de clases desfavorecidas visitan parques nacionales así como el jardín botánico y zoológico. La categoría de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas realizan un tipo de visita cultural en gran proporción (35,7%), consistente en paseos a pueblos tradicionales, lo que en muchos casos puede deberse a visitar parientes y amigos.



En resumen, la participación cultural pública es relativamente baja en la experiencia social de los diferentes sectores de la sociedad paraguaya. Además, la proporción de la población, en cualquier categoría social, que participa por motivos de gusto y apreciación estética (no por obligación) es aun más baja, lo que evidencia que la participación cultural pública no constituye un campo de movilización y disputa del capital cultural, a juzgar precisamente por la baja incidencia de prácticas culturales de parte de los sectores sociales con mayor dotación de formación educativa. Finalmente, en este campo como ninguno, presenta un clivaje marcado de frecuencia de participación entre las categorías superiores del espacio social y las desfavorecidas.

2.5. Prácticas de afición cultural

La afición cultural se define como el gusto por una práctica artística no profesional pero que es habitual e, incluso, para la cual se puede contar con una formación profesional. La categoría superior de las clases altas se vuelca preferentemente (7,8%) por la ejecución de algún instrumento musical, mientras que la segunda categoría y las tres restantes categorías de las clases medias, se vuelcan por el ejercicio del dibujo o la pintura, aunque es marcadamente superior la proporción en que la practica la categoría de profesionales, científicos e intelectuales respecto de las tres siguientes: 17,8% versus 10,3%, 8,5% y 5,4% respectivamente.

Al interior de las categorías sociales inferiores la composición de las prácticas predominantes de afición cultural al interior de cada una también se distribuye entre la ejecución musical y la pintura/dibujo, con la excepción de la categoría inferior, a saber la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícola que se vuelcan por la participación en algún grupo artístico o asociación cultural (3,1%).

En suma, este conjunto de prácticas no se caracteriza por la distinción entre las categorías sociales por tipo de prácticas de afición sino solamente por la proporción en que cada categoría ejerce las prácticas. Asimismo, la preferencia se concentra en tres prácticas más difundidas del conjunto de las indagadas por la encuesta.

2.6. La tradición oral

La sección de las prácticas de tradición oral se distingue del conjunto de las demás secciones, asociándose y dando cuenta de la especificidad del campo cultural paraguayo que reúne en la oralidad y la transmisión de los saberes y quehaceres, los imaginarios y representaciones que sugieren *otras formas de cultura y de relación con la cultura*.

2.6.1. Conocimiento y transmisión de la medicina tradicional

El conocimiento y las prácticas de la medicina tradicional indican que al contrario de las esferas esbozadas precedentemente, el campo de éste (y de los demás conocimientos) presenta altas distribuciones de frecuencia y de familiaridad en la población paraguaya.

La categoría social más desfavorecida es la que cuenta con mayor proporción de sus integrantes (81,6%) conociendo la medicina tradicional. Todas las demás categorías

oscilan entre el 73% y el 77,8% salvo la de los altos funcionarios y directivos empresariales con la relativamente más baja proporción, a saber, del 67,8%. Asimismo, las terapias caseras son más frecuentes en la primera, segunda, sexta y novena categoría social, en esta última siendo marcada la proporción porcentual (27,6%), mientras que en la tercera, séptima y octava es frecuente el “pohâ ñana”, los preparados naturales siendo en la cuarta y quinta categoría respectivamente.

Tampoco cabe duda que la forma predominante de adquisición sea la transmisión oral en la familia, cuya mayor frecuencia se da también en la categoría social de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas en un alto nivel de 91,7%, a diferencia de los empleados de oficina en un 82,9%, igualmente alto. Cabe resaltar que en todos los casos la lengua que vehiculiza la transmisión de los conocimientos de medicina tradicional predominantemente es el guaraní, aunque a niveles diferentes: entre los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas en un 91,4% mientras que entre los profesionales, científicos e intelectuales en un 50,6%. Es llamativo que, como se mencionó más arriba, la categoría social con la distribución de frecuencia más baja (los empleados de oficina) sea la única cuya lengua predominante de transmisión de los conocimientos de medicina tradicional sea el español, en una proporción alta (61,9%). Finalmente, todas las categorías transmiten a las generaciones sucesivas los conocimientos adquiridos, en similares proporciones que van de 73,6% a 80,8%.

De este campo del conocimiento se derivan las siguientes características. En primer lugar que las prácticas son habituales en la mayoría de las categorías sociales a pesar de que no las ejerza la totalidad de la población distribuida en cada una de ellas, hecho que contrasta con las prácticas culturales propias del campo cultural legítimo donde la distribución de frecuencias marcada y sesgada por la estructura social denota la impronta de una clase dominante en definir las prácticas culturales legítimas. Por otra parte, el tipo de prácticas ligadas al conocimiento de la medicina tradicional tampoco tiene una distribución sesgada según las categorías sociales, sino que se puede hallar los mismos conocimientos tradicionales específicos en categorías opuestas. Finalmente, la socialización familiar juega un papel importante en la transmisión de los conocimientos en todas las categorías sociales y la lengua de transmisión desempeña a este respecto un papel de vehículo de conocimiento acorde a la lengua usual en las diferentes categorías sociales más que un criterio de distinción.

2.6.2. Conocimiento y transmisión de artes culinarias

En el campo del conocimiento tradicional culinario, la categoría social cuyos integrantes declaran poseerlo en mayor proporción (71,2%) es la de los trabajadores de servicios y comerciantes, lo cual es coherente al tratarse de la categoría socio-ocupacional que hace en muchos casos de dicho conocimiento un medio de ingresos económicos. Le siguen con similares porcentajes los profesionales, científicos e intelectuales así como los empleados de oficina en proporciones de 68,5% y 68,6% respectivamente. La categoría social que en menor proporción declara poseer estos conocimientos es la de los operadores de maquinaria y montadores, en un 52,9% (de todos modos, por encima de la mitad de la población de dicha categoría). Es llamativo que la categoría agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas, no siendo la de proporción minoritaria respecto de las demás, no tenga un porcentaje tan alto como la de la categoría social con mayor de frecuencia citada.

Ahora bien, se observa que de aquellos que conocen artes culinarias tradicionales, la transmisión oral en la familia es muy frecuente en la categoría de los agricultores et al. (90%) al contrario de la categoría social más elevada, a saber la de los altos funcionarios estatales y directivos empresariales, con una proporción casi 30 puntos menor (61,5%) pero marcadamente por encima de la mitad de la población concernida.

Un fenómeno interesante de este campo de conocimientos y prácticas es que la lengua de transmisión está fuertemente diferenciada entre el español y el guarani según se trate de las categorías más altas de la estructura social (de la primera a la cuarta) en las que los conocimientos se transmiten en español, o bien se trate de las categorías más bajas donde los conocimientos se transmiten en guarani. En el caso de la lengua castellana de transmisión, la misma es predominante en la categoría social superior, la de los altos funcionarios estatales y directivos empresariales, en una proporción del 69,3% mientras que en el caso de la lengua guarani de transmisión, la misma es predominante en la categoría social inferior, la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas, en una proporción del 85,2%.

Al igual que en el campo anterior, de la medicina tradicional, aquí también la media de las proporciones porcentuales de las categorías sociales en la transmisión de los conocimientos a las generaciones posteriores es alta y varía poco, es decir, oscila entre 72% y el 79%. Entre los técnicos y profesionales de nivel medio se da la menor frecuencia mientras que entre los profesionales, científicos e intelectuales la mayor.

De este campo del conocimiento se obtienen las siguientes conclusiones. En primer lugar, que los conocimientos culinarios tradicionales también presentan una alta distribución entre todas las categorías sociales, aunque menor que el campo de la medicina tradicional. En segundo lugar, la alta proporción porcentual se concentra en las categorías sociales que hacen del conocimiento tradicional culinario un medio de ingresos económicos o bien un medio de producción cultural, en un periodo en que la comida se produce, circula y se consume cada vez más en circuitos del mercado que no se restringen a la lógica de la producción económica sino también a la lógica de la producción simbólica. En tercer lugar, la transmisión, al darse predominantemente en la familia, genera las condiciones de su re-transmisión ya que involucra una práctica, de entre todas, la de mayor frecuencia cotidiana en la vida social.

2.6.3. Conocimiento y transmisión de relatos populares

Los relatos populares constituyen el campo del conocimiento tradicional con menos frecuencia relativa, aun si en todas las categorías los miembros sobrepasan porcentualmente la mitad de la población de cada una que declaran conocer relatos. La que refiere que conoce relatos en mayor proporción es la categoría de los profesionales, científicos e intelectuales (66,7%) mientras que la que menos proporción de sus integrantes alega poseer dichos conocimientos es la de los trabajadores de servicios y comerciantes (52,6%), hecho contrapuesto al conocimiento de artes culinarias donde esta última categoría presenta la mayor frecuencia, tal como se indicó anteriormente.

En términos del tipo de relato conocido, las categorías de profesionales, científicos e intelectuales y la de agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas presentan proporciones similares de conocimiento de un tipo de relato: en la primera es el conocimiento de poesías en un 21,9% y en la segunda el conocimiento de mitos y

leyendas en un 23,9%. Le siguen la categoría de trabajadores de servicios y comerciantes con un nivel de conocimiento de mitos y leyendas del 19,2%, luego los trabajadores no calificados con un 15,5% de conocimiento de mitos y leyendas, seguida de los oficiales, operarios y artesanos con una frecuencia de 14,6%. Las demás categorías presentan frecuencias de conocimiento de relatos con menos del 10%.

En cuanto al tipo de transmisión, este campo tampoco es la excepción, ya que en la totalidad de las categorías es predominante la transmisión oral en la familia. La categoría social en la que este tipo es mayor es la de agricultores et al. con un 72,7% y donde es menos frecuente es en la de los científicos, profesionales e intelectuales con un 42,2%. Asimismo, este tipo de conocimiento tradicional se transmite predominantemente en lengua guarani entre las fracciones bajas de la clase media y todas las categorías sociales desfavorecidas, de modo que entre los agricultores et al. su frecuencia es del 90,3%; por el contrario, entre las categorías superiores varía la lengua de transmisión, siendo también el guarani en el caso de los altos funcionarios y directivos de empresas así como entre los técnicos y profesionales de nivel medio (ésta última categoría con una frecuencia del 52,1%), mientras que el español predomina entre los profesionales et al. y los empleados de oficina. En la mayoría de los casos, los integrantes de las diferentes categorías sociales refieren que transmiten los conocimientos a las generaciones venideras, con la menor frecuencia en la categoría de los técnicos y profesionales de nivel medio con un 58,5% y la mayor frecuencia en la categoría de los profesionales, científicos e intelectuales con un 77,1%.

Este campo del conocimiento tradicional se resume en las siguientes consideraciones: que en relación con los demás campos, éste presenta la distribución de frecuencia relativamente más baja (aun si en todas las categorías su proporción porcentual sobrepasa la mitad de la población de cada una de ellas). Además, no hay una asociación clara entre tipo de relatos y categorías sociales, lo que refiere a la versatilidad de la tradición oral en la transmisión de imágenes e imaginarios respecto de la estructura social en la que la tradición escrita es implacable con los sectores sociales de bajo capital cultural. Finalmente, la lengua de transmisión, aun el guarani siendo predominante en los relatos populares, es de menor magnitud entre las categorías sociales superiores, y más frecuente en las inferiores, sin desvirtuar el mensaje de la transmisión cuya distribución es, como se dijo, equitativa.

2.6.4. Conocimiento y transmisión de oficios

El conocimiento de oficios en una modalidad tradicional (sin formación académica) es también de una alta regularidad aunque su distribución no está asociada claramente a un sesgo de clase. Las categorías sociales cuya predominancia en el conocimiento de oficios es marcada son las de los operadores de maquinaria y montadores, la de los oficiales, operarios y artesanos así como la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas, con el 75%, 83,6% y 80,9% respectivamente. Por el contrario, las categorías con menor predominancia en el conocimiento de oficios son las de empleados de oficina, la de técnicos y profesionales de nivel medio y la de profesionales, científicos e intelectuales con un 54,4%, 57,6% y 57,9% respectivamente. Esta distribución señala que efectivamente el conocimiento de oficios está ligado con las ocupaciones que involucran trabajo manual, a diferencia de las ocupaciones en las que predomina el trabajo intelectual.

Como en los casos anteriores, la transmisión oral en la familia es la forma predominante de adquisición del conocimiento de este campo, que en el caso de las categorías agricultores et al. involucra al 87,2%, en contraposición a la categoría de los oficiales, operarios y artesanos con sólo un poco más de la mitad de su población (51,1%). Asimismo, en este campo es marcada la distinción entre las categorías sociales superiores de la estructura social y las desfavorecidas respecto de la lengua de aprendizaje de los oficios: las primeras adquieren sus conocimientos en español con la frecuencia más alta entre los empleados de oficina con un 68,8% mientras que las segundas en guaraní con la frecuencia más alta entre los agricultores et al. con un 85%.

Una alta proporción de las diferentes categorías sociales transmite sus conocimientos a las generaciones siguientes; solamente los empleados de oficina presentan la frecuencia más baja, a saber del 56,6%, a pesar de todo cómodamente encima de la mitad.

Se concluyen dos cuestiones cruciales en este campo de conocimiento. Primero, la proporción de población que efectivamente posee un conocimiento práctico como el de los oficios (carpintería, plomería, electricidad, etc.) es alta, aunque no lo ejerza; es especialmente alta en algunas categorías de las clases desfavorecidas pero no menos incidente en la población de categorías superiores. Segundo, que el medio de adquisición de los conocimientos involucra, al igual que los demás campos, la oralidad en la familia con una alta proporción de transmisión por medio del español entre las categorías más elevadas del espacio social, a diferencia de los demás campos donde el guaraní cumple dicha función en mayor proporción.

2.7. Acceso a las telecomunicaciones

En cuanto al acceso a las telecomunicaciones, los tres medios más distribuidos son el teléfono celular, la radio y el televisor a los cuales la categoría social más desfavorecida, a saber la de los agricultores et al. accede en un mínimo del 82% y las categorías superiores casi en un 100%.

Ahora bien en algunos medios de telecomunicación tales como el teléfono de línea fija, es marcada la diferenciación en el acceso ya que mientras que la categoría de los altos funcionarios estatales y directivos empresariales lo hace en una proporción del 57,8% la categoría más desfavorecida, de agricultores et al. lo hace sólo en un 3,4%.

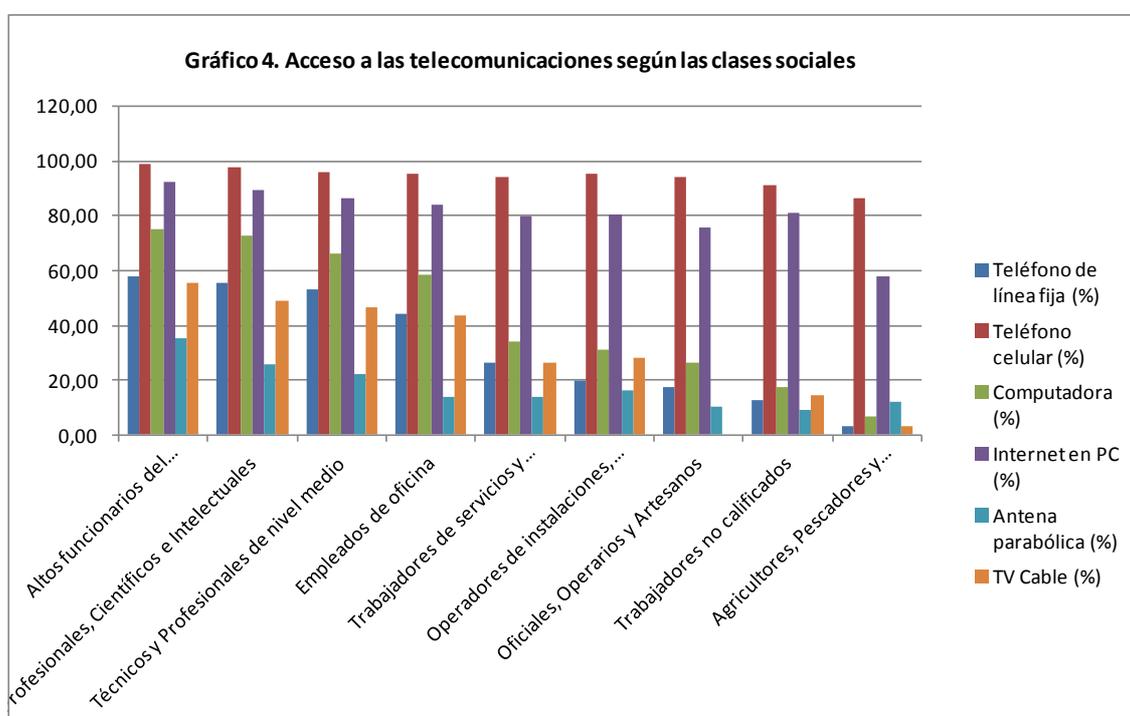
La disponibilidad de computadora en el hogar y televisión por cable presentan distribuciones similares: en el primer medio el acceso de las categorías superiores de la estructura social es del orden del 75,21% y 72,5% respectivamente mientras que las dos categorías más desfavorecidas en el del 17,6% y del 6,9% respectivamente; en el segundo medio el acceso de las categorías superiores es del 55,4% y 49% respectivamente contra el 14,8% y 3,3% de las categorías inferiores respectivamente.

Para aquellos hogares que poseen una computadora en el hogar, el acceso a Internet vinculado a la misma es alto, al punto que en la categoría más elevada del espacio social oscila en torno al 90% y las restantes no presentan distribuciones de frecuencia menores al 75%, salvo en la categoría de agricultores et al. con un 57,8%, igualmente importante.

Un bien con mucha menor frecuencia que los demás y con menor inequidad en su distribución es la antena parabólica, con un 35,4% en la categoría social superior y un

12% en la categoría social inferior, lo que se explica por la mayor incidencia de la televisión por cable en los hogares.

En conclusión se implican tres consideraciones. Primera, que las condiciones para la comunicación inmediata (“tiempo real”) se asentaron ampliamente en la población, con un extendido alcance especialmente de la telefonía celular, lo que genera oportunidades de conectividad de mayor eficacia y con un impacto en las relaciones sociales a nivel global. Ahora bien, el acceso aun si elevado de la tecnología de la información y comunicación (v.gr. teléfono celular, de la radio y televisión), su magnitud está siempre marcada por un mayor acceso, cercano al total, en las categorías superiores de la estructura social mientras que con menor proporción lo son las categorías desfavorecidas, lo cual traduce un proceso de apropiación de la tecnología por parte de las primeras como parte de un capital global donde no solamente entra en juego el acceso sino también el uso dado.



La segunda consideración concierne a tres factores tecnológicos cuya distribución presenta un marcado sesgo de desigualdad de clase: el teléfono de línea fija, la computadora personal en el hogar y la televisión por cable. En estos tres elementos, la conectividad no involucra tanto el acceso a la información de manera fugaz y fútil, sino más bien su operatividad productiva, al servicio de la acumulación económica y de un tipo de consumo cultural conectado a la industria cultural globalizada.

2.8. El acceso a Internet

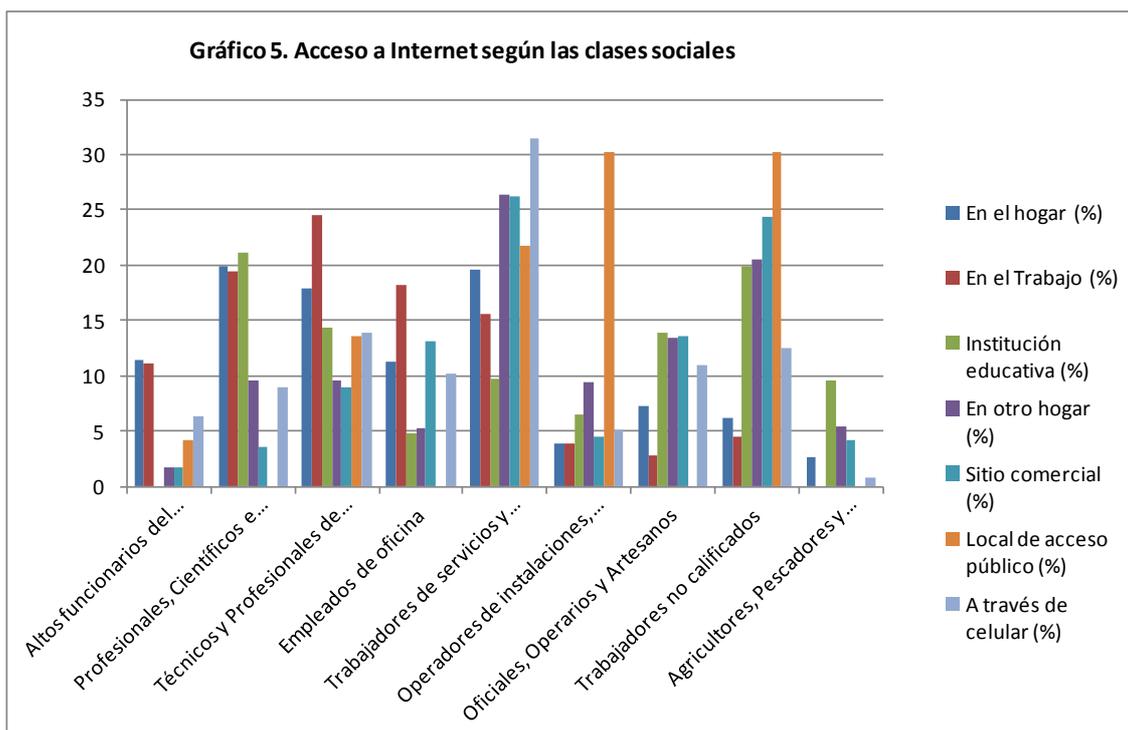
El acceso a Internet constituye en la actualidad una condición fundamental de participación en los procesos culturales globales, ya que es un canal privilegiado de circulación y transferencia de información, permitiendo sobre todo la eliminación de barreras físicas para el acceso al acervo universal de conocimiento. Los diferentes modos de acceso señalan la forma social de conectividad, ya que varían según el lugar y el dispositivo, así como en función de la posición ocupada en la estructura social.

El sector de la sociedad (categoría social) con mayor acceso a Internet en el hogar lo constituye el de los profesionales, científicos e intelectuales en un 20% seguido de los trabajadores de servicios y comerciantes en un 19,6% así como los técnicos y profesionales de nivel medio en un 17,9%. En cuanto al acceso en el trabajo el porcentaje es casi el mismo para las dos primeras categorías sociales superiores de la estructura social, mientras que aumenta para las dos subsiguientes, probablemente porque una parte considerable de las mismas acceden solamente en sus ocupaciones. Las restantes categorías, de mucho menor peso en la distribución de frecuencia disminuyen su acceso a Internet cuando pasan del hogar al trabajo, con la especificidad de los agricultores et al. que no acceden absolutamente en el puesto de trabajo dada la naturaleza de sus ocupaciones.

En cuanto al acceso a través de la institución educativa, salvo la categoría de altos funcionarios estatales y directivos empresariales que no acceden absolutamente en dicha instancia, los demás presentan un acceso relacionado con las características de sus ocupaciones: los profesionales, científicos e intelectuales aumentan respecto de los anteriores modos de acceso (a una proporción del 21,2%, que es la más alta de todas), mientras que las tres categorías subsiguientes (clase media) disminuyen respecto del acceso en el hogar y en el trabajo. En las cuatro categorías restantes (clase social desfavorecida), el acceso a Internet aumenta en el recinto de una institución educativa.

Las modalidades de acceso vinculadas a “otro hogar” o un “sitio comercial” presentan una baja distribución en las categorías sociales superiores respecto de los demás modalidades, mientras que aumentan en las categorías desfavorecidas. Esto señala que el acceso constante a Internet está asegurado, para un sector de la sociedad, a la disponibilidad cotidiana en el hogar, en la ocupación o en la formación, hecho consonante con la distribución desigual entre las clases sociales en el acceso a una computadora y ésta conectada a Internet. Cuando se trata de un lugar no comercial de acceso público, no todas las categorías se benefician igualmente así como es más difícil entrever un patrón de acceso: los trabajadores de servicio y comerciantes, los operadores de maquinaria y montadores, así como los trabajadores no calificados son los que cuyos integrantes en casi un tercio acceden a Internet y, en menor proporción la categoría de los técnicos y profesionales de nivel medio.

Finalmente, el sector social con mayor acceso a Internet por vía del celular es la de los trabajadores de servicios y comerciantes (31,4%) seguida de lejos por los técnicos y profesionales de nivel medio (13,9%), la de los trabajadores no calificados (12,5%) y la de los oficiales, operarios y artesanos (11%), lo que se explica por las características de sus respectivas ocupaciones que demandan en muchas de ellas el trabajo independiente o también denominado “por cuenta propia”.



En resumen, el acceso a Internet en el hogar y en el trabajo, dos ámbitos donde se desenvuelve la mayor parte de la vida cotidiana de las personas, es más común para las categorías superiores del espacio social, mientras que el acceso por medio de instancias contingentes, que no hacen a los ámbitos comunes de la vida cotidiana de la sociedad paraguaya, constituyen los más comunes para las categorías sociales inferiores. Además, el acceso de la categoría inferior del espacio social, a saber de los agricultores et al. es en cualquiera de los casos baja, salvo en las instituciones educativas donde las oportunidades de conectividad para dicho sector son significativamente superiores. Finalmente, el acceso a través de la telefonía celular es extendido aunque su distribución no indica un proceso de “compensación” para los sectores que no acceden en su hogar sino en baja proporción; en este sentido, para algunas categorías el acceso a Internet a través de la telefonía es casi exclusivo, con la limitación en la extracción de todos sus beneficios, mientras que para otras categorías el acceso a Internet por la telefonía celular es complementario y con un alto potencial productivo al conjugarse en sistemas de conectividad global entre dispositivos.

2.9. Uso social de Internet

El campo de incidencia de la red Internet es vasto y su uso es variado. La utilización para la comunicación no es la predominante; es más, otros usos y finalidades presentan distribuciones de frecuencia más altos, sin embargo, es uno de los usos –junto con la información de mercado– más difundidos entre los diferentes sectores sociales aun si algunos tienen mayor proporción porcentual de uso que otros.

En contrapartida constatamos que en algunas esferas tales como la de la salud, información de servicios públicos, el comercio de bienes y servicios, o bien en la operación de transacciones bancarias, su frecuencia es marcadamente alta en las categorías sociales superiores de la estructura social, mientras que es baja o incluso nula en las categorías desfavorecidas. Asimismo, en el uso para la educación y/o

capacitación así como para la lectura de periódicos y revistas, el acceso y utilización de Internet está más repartida entre las distintas categorías. En todos los casos, los que mayor acceso tienen son los de las categorías de profesionales, científicos e intelectuales junto con los técnicos y profesionales de nivel medio. Esto indica su familiaridad y cotidianeidad con la tecnología de la información.

Por su parte, las tres categorías con menor acceso y uso diferenciado son las de los operadores de maquinaria y montadores, los de los trabajadores no calificados y la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas. En las tres categorías la distribución del acceso, aún si baja, presenta un comportamiento similar: entretenimiento, obtención de información y comunicación.

En conclusión constatamos que, como ya se mencionó dos acápite anteriores, el uso dado al Internet está extendido para los fines de la comunicación y en menor medida para los fines educativos o de capacitación; sin embargo, el sesgo de clase en su uso para demanda de derechos y para el acceso al bienestar social, o incluso para la acumulación económica, queda visibilizado con la alta proporción de integrantes de categorías superiores que destinan a obtener información de salud y de servicios públicos, de comercio de bienes y servicios así como para operaciones bancarias, usos dados a Internet cuya distribución presenta en contrapartida bajas proporciones en las categorías sociales inferiores. Estas evidencias señalan las diferencias de estilos de vida incluso con mediaciones compartidas (la tecnología) y su impacto en los procesos de concentración del capital económico y cultural, en suma de la reproducción.

2.10. Patrimonio cultural en el hogar

El patrimonio cultural del hogar, en tanto objetivación del capital *cultural familiar*, es otro indicador del peso del campo cultural en la transformación de los estilos de vida. En efecto, la inteligibilidad del volumen y composición del patrimonio cultural del hogar se hace posible con el análisis las posiciones de clase de los agentes clave: el jefe y el cónyuge. En este sentido se pasa del análisis de la distribución de ese patrimonio al análisis del sentido de la dotación y acumulación de capital cultural (Bourdieu, 2000; García Canclini, 2005).

En lo que respecta a la información de la encuesta de hogares, como es de esperarse, la categoría social con mayor proporción de tenencia de libros en el hogar es la de los profesionales, científicos e intelectuales, con un 92,8% de los hogares, seguida de los altos funcionarios estatales y directivos empresariales, con un 87,9%. Desde la tercera categoría social, a saber la de los técnicos y profesionales de nivel medio hacia las categorías inferiores en el espacio social, la proporción porcentual decrece hasta alcanzar un 37,1% en la de los agricultores, pescadores y trabajadores agrícolas. Asimismo, la categoría de profesionales et al. es la que cuenta en mayor proporción con hogares que ordenan sus libros en una biblioteca (85%) a diferencia de la categoría agricultores et al. de los que cuentan con libros en el hogar, en la que sólo el 38% los ordenan en biblioteca.

El tipo de libro predominante señala el tipo de recepción de la cultura escrita y su diferenciación según las clases sociales. Se observa que, por ejemplo, casi un quinto de la población de la categoría de profesionales et al. (19,2%) posee libros de ciencias naturales y humanas, la misma constituyéndose en la proporción más alta

conjuntamente el tipo de libro de la categoría trabajadores de servicios et al. así como de la de agricultores et al.; en estos casos poseen, los primeros, enciclopedias y diccionarios y, los segundos, libros de religión, espiritualidad y autoayuda.

En lo que concierne la tenencia de discos compactos, discos de vinilo y/o cassettes, la distribución es similar a la de tenencia de libros, aunque su magnitud porcentual es más baja. La proporción más alta se da en la categoría de profesionales et al. con un 85% de sus integrantes con dotación de dicho acervo, a diferencia de la categoría de agricultores et al. con un 33,4% de la población que cuenta en su haber con dichos bienes. En consonancia, en las tres categorías más altas de la estructura social el tipo de música contenido mayormente en los soportes referidos son la música clásica y ópera en la categoría de altos funcionarios et al. (18,3%), el jazz en la categoría de profesionales et al. (25,2%) y en la de los técnicos et al. de nivel medio (13,9%). El género musical del acervo de los empleados de oficina y de los operadores de maquinaria et al. es principalmente el rock and pop contemporáneo con 12,4% y 8,9% respectivamente. Ahora bien, el género más difundidos es la música de difusión masiva (cachaca, cumbia villera, reggaetón, etc.) que entre los trabajadores de servicios y comerciantes así como entre los trabajadores no calificados alcanza los niveles de 21,9% y 17,2% respectivamente. Es también de amplio alcance la música folclórica nacional, sobre todo entre los oficiales et al. con un 14,4% y entre los agricultores et al. con un 15,2%.

En materia de patrimonio audiovisual en el hogar, las mayores proporciones de población que declara contar con DVD's o videocasetes son las dos categorías superiores de la estructura social y la menor proporción porcentual la tiene la última categoría social. Asimismo, entre las que cuentan con soporte audiovisual, en las categorías superiores (altos funcionarios et al. así como profesionales et al.) los tipos predominantes son los documentales; en las fracciones altas de la clase media son las películas sentimentales mientras que en las fracciones bajas son los dibujos animados y los eróticos; finalmente, entre las categorías desfavorecidas priman la ciencia ficción, el terror y el suspenso.

En términos de la tenencia de cuadros de artes plásticas, la distribución es aún menor que los dos anteriores indicadores, aunque las categorías de altos funcionarios et al. así como los profesionales et al. con el 52,7% y el 55,4% respectivamente, es decir, más de la mitad de la población de dichas fracciones de la clase social dominante cuenta con este tipo de obra de arte, proporción que en relación con la tenencia de las categorías sociales más desfavorecidas no es superior como sucede con los demás bienes referidos. A este respecto, la diferenciación entre unos y otros se da fundamentalmente en el conocimiento de los autores de los cuadros de arte disponibles en los hogares: las categorías sociales superiores poseen en mucho mayor proporción dicha información a diferencia de los integrantes de las categorías sociales inferiores, lo cual constituye un indicador aproximado del *carácter legítimo* de las obras de arte en posesión.

Finalmente, la tenencia de artesanía presenta una distribución similar a la de los cuadros pictóricos, lo que implica que, contrario al sentido común, el "arte popular" tiene menor preponderancia en los hogares de clases desfavorecidas que en los de clases superiores. Asimismo, la colección de antigüedades, con la menor proporción relativa entre los bienes del patrimonio cultural del hogar, cobran mayor valor simbólico entre las clases dominantes de la estructura social que entre las inferiores, lo que explica la distribución más concentrada en los hogares de las categorías superiores.

Se derivan las siguientes conclusiones. En primer lugar, que la posesión de bienes de valor simbólico en el hogar presenta una distribución marcada por la clase social. En segundo lugar, los bienes más comunes son los libros, seguidos de los materiales de audiodifusión y audiovisuales, la artesanía y finalmente las obras pictóricas en formato de cuadros así como las colecciones de antigüedades. En tercer lugar, la desigualdad en la distribución mencionada da cuenta menos de un afán abstracto de colección y acumulación de bienes culturales, que de estilos de vida, en los que la apreciación estética y sus diferentes significados cumplen un papel primordial en los imaginarios de las distintas categorías del espacio social y los identifica en sus experiencias sociales.

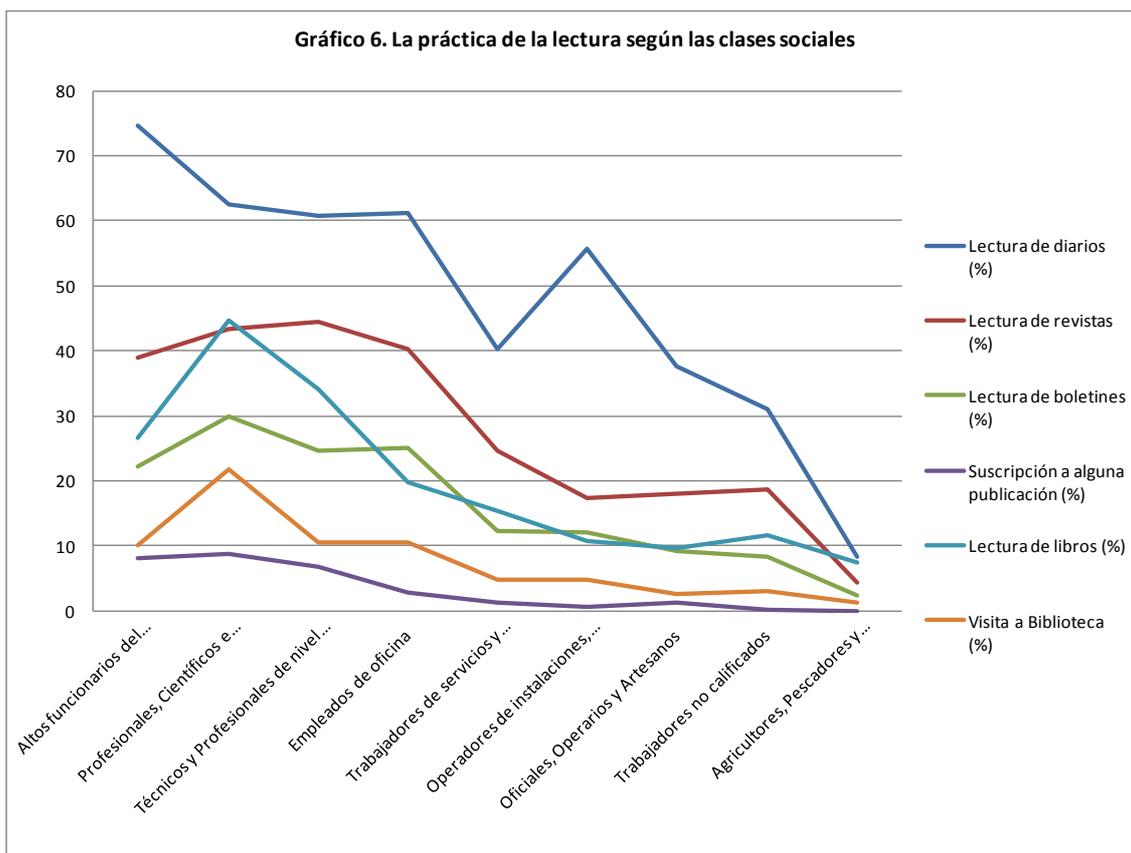
3. Los rasgos culturales de las clases en la conformación de los estilos de vida

Con base en la información analizada, se puede inferir algunos rasgos comunes entre las categorías sociales que las diferencian entre sí. Estos rasgos se definen como *estilos de vida ligados a las prácticas culturales*. Este estudio no plantea una caracterización de los estilos de vida ya que ello requeriría una indagación cualitativa de las prácticas y de las representaciones. Sin embargo, se plantea un esbozo de los atributos comunes entre las categorías y sus diferencias en cada conjunto de prácticas, dando lugar a una exploración de los *modus operandi* de clase en el campo cultural.

3.1. El campo cultural *legítimo* y sus prácticas

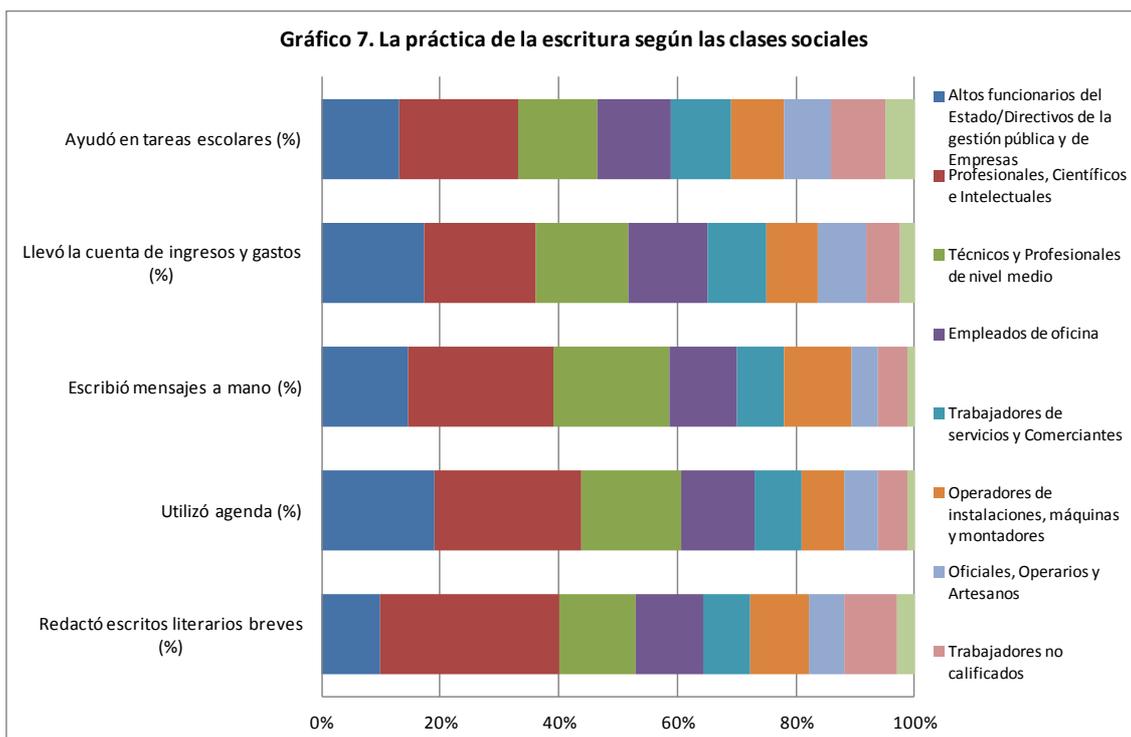
En primer término, observamos un fenómeno característico en torno a las prácticas de lectura, constituyendo el primer componente del perfil social de la población en el campo cultural: la heterogeneidad de las preferencias en la cúspide del espacio social y la relativa homogeneidad en el extremo opuesto (ver gráfico 1). Si, por una parte, los sectores favorecidos de la sociedad reúnen en su conjunto las mayores proporciones porcentuales de prácticas de lectura, este proceso presenta una dispersión según el tipo de práctica: en las categorías superiores, algunas son particularmente habituales en consonancia con otras que son de baja frecuencia, lo que implica que la variación en la recurrencia es signo de una *relación con la lectura* donde se privilegia lo rápido y lo efímero mientras se relega la concentración y la profundidad. La excepción, con una alta proporción dentro de la categoría, es la lectura de libros entre los profesionales et al.

En contrapartida, las clases medias presentan una mayor convergencia en las preferencias de lectura, con menor variación entre unas prácticas y otras. El carácter veloz y efímero de la práctica, a juzgar por el tipo predominante de lectura (diarios y revistas) presenta una mayor convergencia entre sí que las clases superiores, pero alberga, de todos modos, en su interior a un sector mayoritario que no lee, lo que implica que la relación prevaleciente con la lectura es, además de lo efímero y rápido, lo ocasional y esporádico. La excepción la constituye la categoría operadores et al. cuya práctica de lectura de diarios es casi tan alta como la de las categorías superiores.

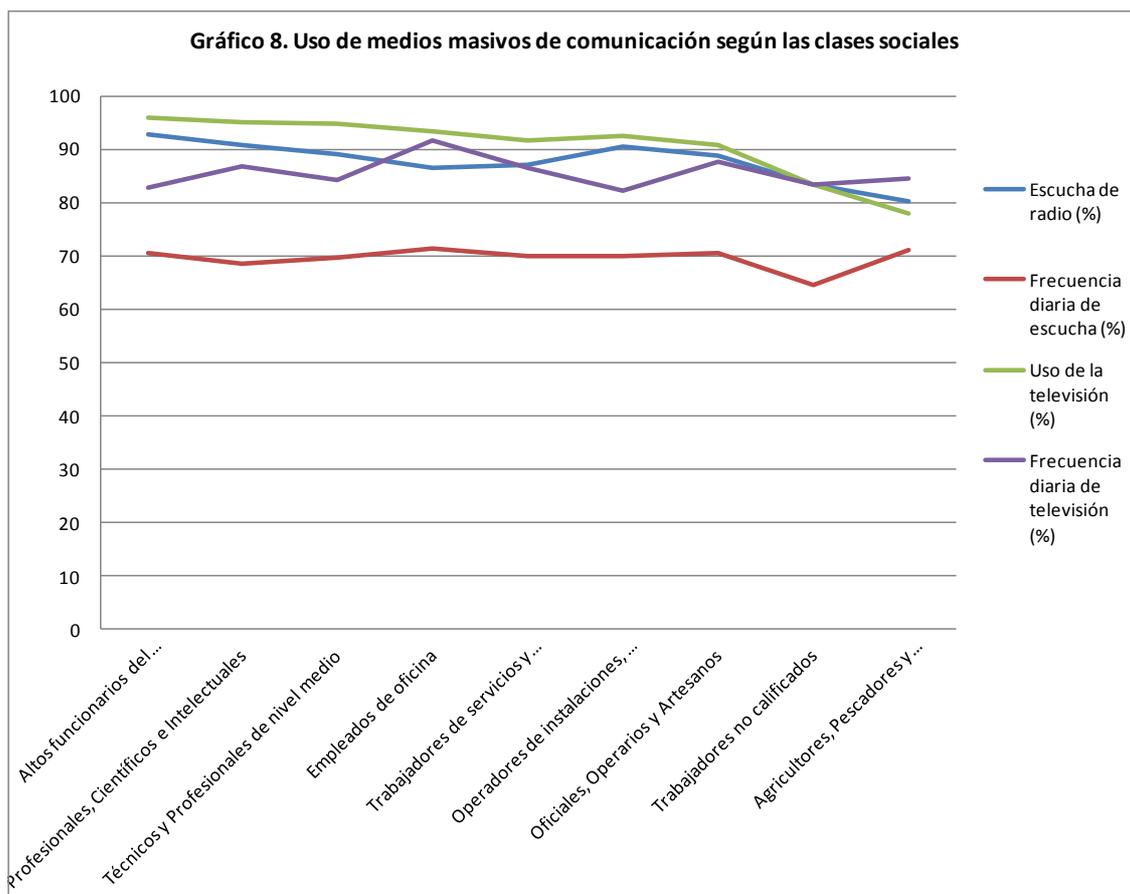


Ahora bien, las clases desfavorecidas presentan una baja proporción porcentual de prácticas de lectura, aunque su característica principal es la alta homogeneidad en la distribución de frecuencias de las mismas. Es decir, aun si su familiaridad con la lectura no constituye un distintivo de su participación en la vida cultural, resalta el hecho de una alta proporción de “no practicantes”, es decir, cuya relación con la lectura es de extrañamiento y desconocimiento habitual.

En lo concerniente a la práctica de escritura, las clases superiores albergan una población que concentra sus hábitos en finalidades no marcadas por la necesidad material de producción o reproducción (cuenta de ingresos y gastos, ayuda en tareas escolares) sino en aquellas de tipo estético o programático (escritos literario, agenda). Las clases medias se asimilan con las clases desfavorecidas en la menor proporción relativa de sus integrantes involucrados en prácticas estéticas o de planificación: la baja proporción de las clases desfavorecidas en las mismas cambia cuando la práctica cambia, es decir, los hábitos de reproducción tienen importancia y por lo tanto su distribución es visible y con una desigualdad menos aguda (gráfico 7).

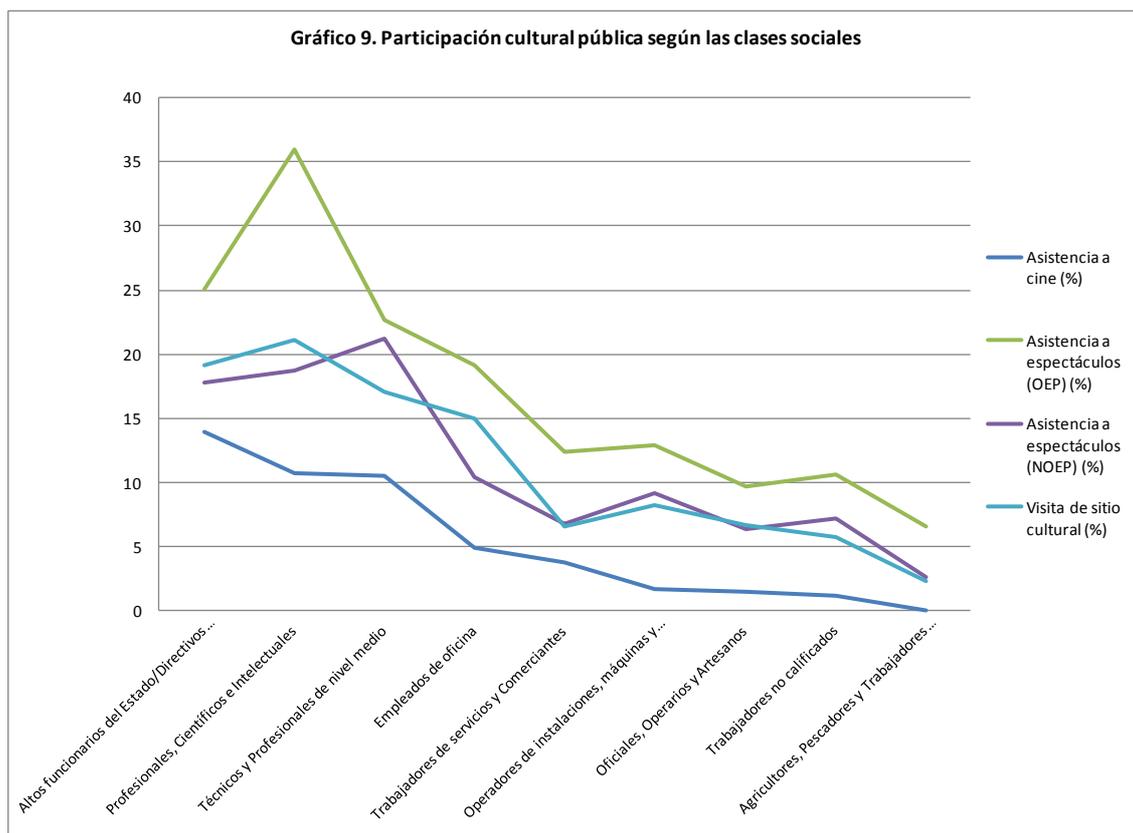


Los medios masivos, como se dijo, presentan una alta concentración en todas las clases, con un leve sesgo a favor de las clases superiores. Ahora bien, la frecuencia diaria de escucha de radio, mucho menor que la proporción porcentual de escucha de radio, es de distribución casi equitativa entre las clases con una menor incidencia puntual entre los trabajadores no calificados. La mayor dispersión relativa (aunque en baja proporción) del uso de medios masivos entre las clases superiores y la baja dispersión entre los agricultores et al. (sumada a la concentración casi perfecta en la categoría trabajadores calificados) expresan la tendencia de la relación desigual con la cultura aun en distribuciones de alta incidencia como es este caso.



La participación cultural pública está marcada principalmente por una distinción entre la asistencia a espectáculos por obligación (escolar/profesional), la asistencia sin obligación, la visita de sitios culturales y la asistencia al cine, con una menor proporción que el uso de los medios de comunicación (gráfico 9). Entre las cuatro prácticas, la más baja es la asistencia al cine mientras que la más alta es la asistencia a espectáculos por obligación, las otras dos teniendo una distribución similar. En términos de proporción, la participación cultural pública tiende a disminuir; en términos de su distribución es más uniforme que las prácticas de lectura y escritura, salvo para la categoría profesionales et al. que despunta abruptamente en comparación con el resto, indicando un rasgo característico de la categoría: la recepción cultural se basa en la afinidad con las ocupaciones que la conforman. La distribución en general es baja y la dispersión no es necesariamente asimétrica, lo que señala que en general la apreciación del cine está vinculada con la probabilidad del acceso al cine, que aun sigue siendo bajo en Paraguay.

En contrapartida, las clases desfavorecidas se agrupan, también aquí, en baja proporción en las prácticas asociadas a la participación cultural pública, lo que se explica por el carácter urbano-céntrico de la oferta cultural más importante del sector así como por el bajo capital cultural de las mismas que les inhabilita a criterios legítimos de apreciación.

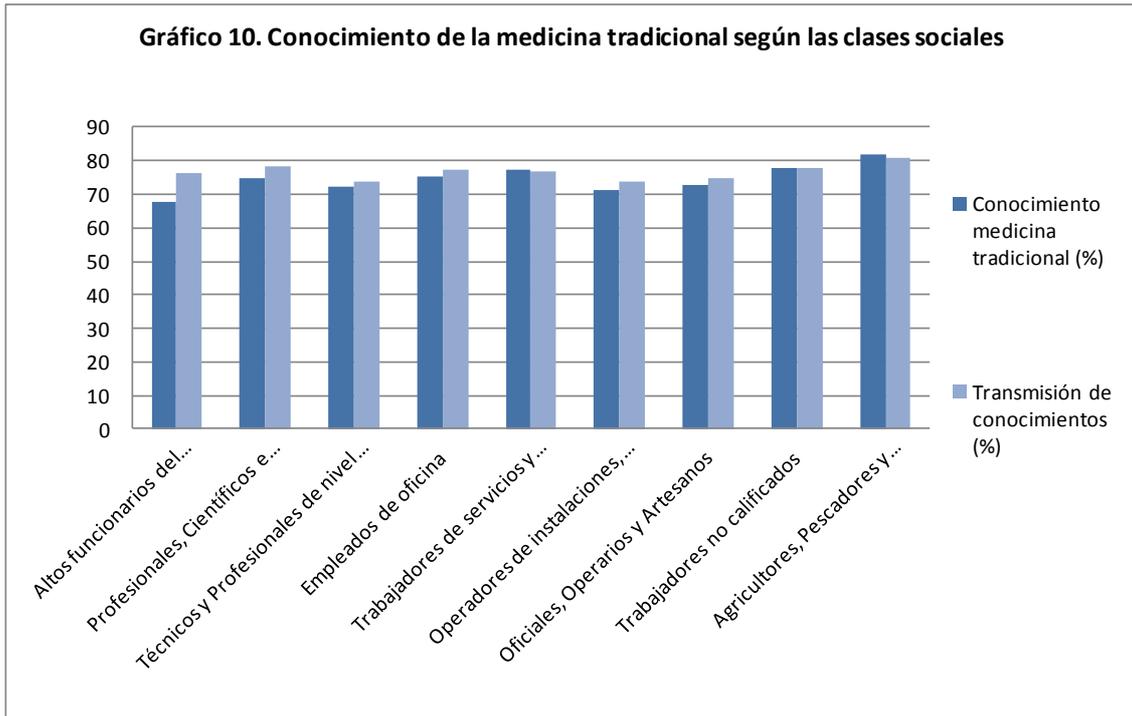


3.2. La distribución del conocimiento tradicional

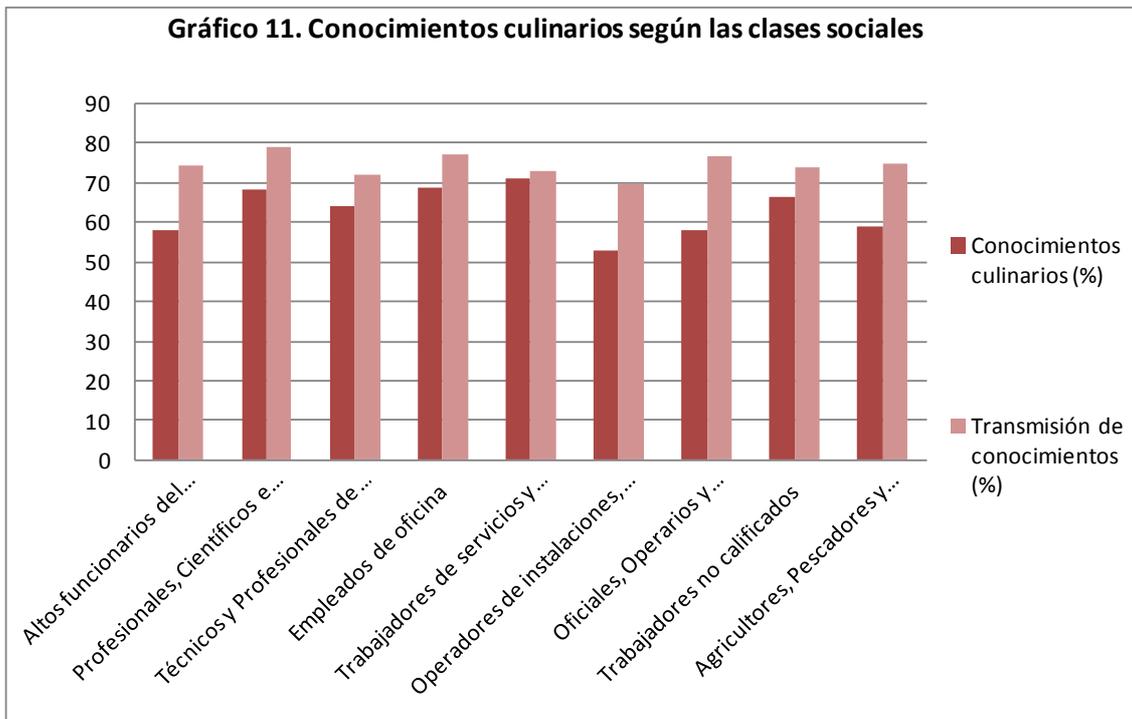
En contrapartida de lo expuesto hasta ahora, en que las prácticas culturales dan cuenta de estilos de vida diferenciados según la distribución desigual del capital cultural, se expone a continuación un universo de prácticas en el cual el origen social no condiciona el acceso y la frecuencia de su ejercicio, dando cuenta de principios complementarios y no necesariamente contradictorios que inciden en la formación de los *modus vivendi*.

Esta situación puede constatarse en la distribución social del conocimiento de una de las dimensiones denominadas de la “tradición oral”, a saber, la medicina “tradicional”. Observamos en el gráfico 10 que la alta equidad en el acceso a dicho conocimiento no se asocia a la desigualdad de clase social, sino que se constata una alta incidencia en todas las categorías de la estructura social incluso con una leve mayor frecuencia en la categoría social más desfavorecida.

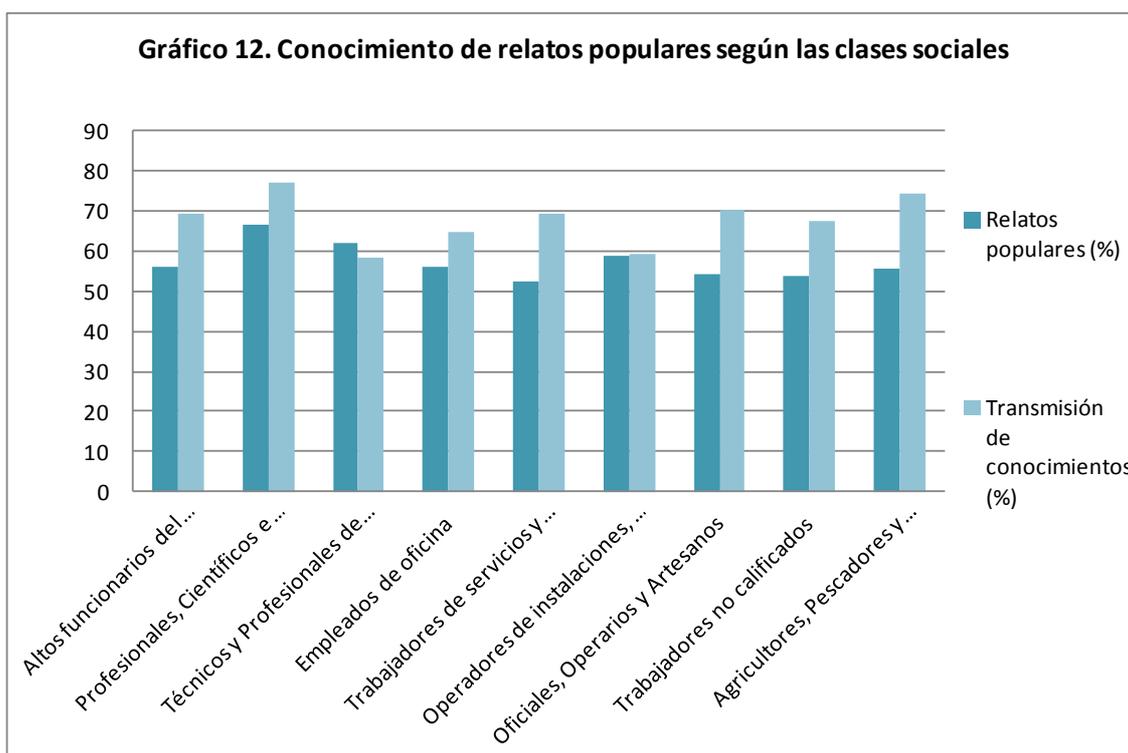
Asimismo, la transmisión del conocimiento de la medicina tradicional entre generaciones, según la indagación de la encuesta, presenta casi la misma distribución que el acceso al conocimiento en cuestión: es relativamente homogéneo entre todas las categorías, con una leve mayor proporción de transmisión oral intergeneracional en la categoría altos funcionarios et al. que de la proporción de los que acceden en general. Aquí también se constata una pequeña pero perceptible mayor frecuencia en la categoría agricultores et al., que es la más inferior de la estructura social.



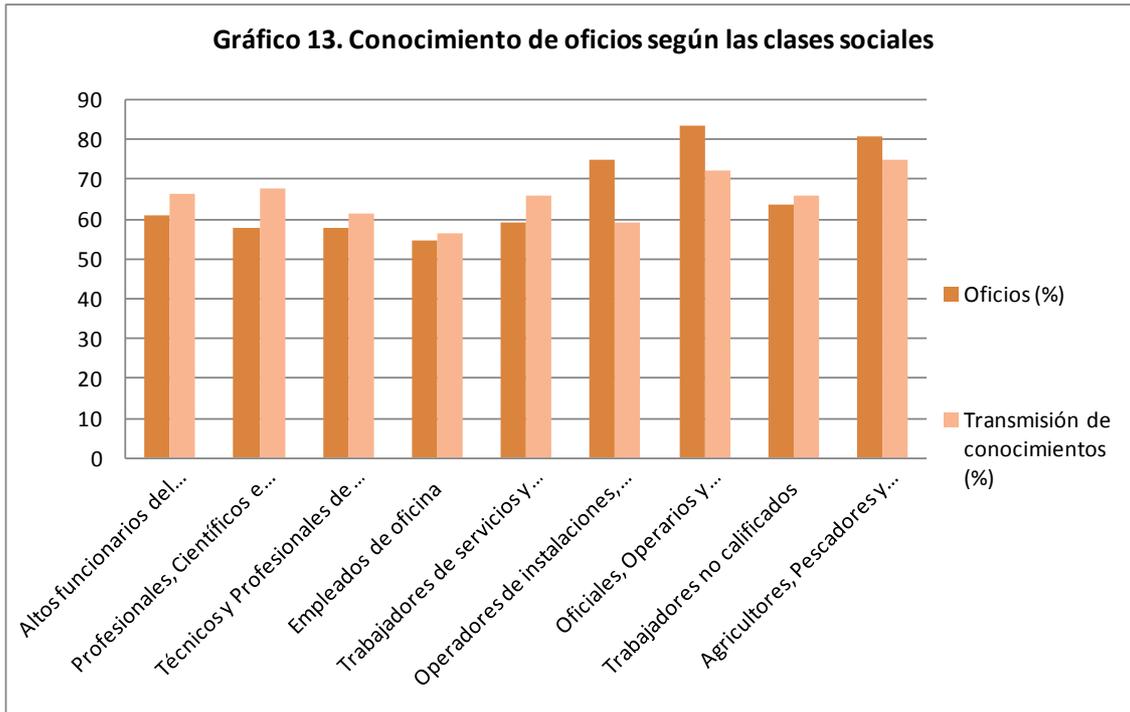
En cuanto a los conocimientos culinarios, la distribución de acceso bruto es igualmente alta, cómodamente por encima de la mitad de las diferentes categorías. Además no se constata un sesgo de clase en el acceso al conocimiento de las artes culinarias, observándose un leve rezago en la categoría superior de las clases altas y de las categorías superiores de las clases desfavorecidas. En contrapartida, es más alta la proporción de transmisión inter-generacional de los conocimientos culinarios que la proporción de acceso a este campo cultural.



Los relatos populares no presentan una distribución de desigualdad en su apropiación por las clases sociales, sino más bien se distribuye según la característica de cada categoría social: los altos funcionarios et al. en las clases superiores, los trabajadores de servicio et al. en las clases medias y los operarios et al. en las clases desfavorecidas tienen baja familiaridad relativa con los relatos (aun si proporcionalmente por encima de la mitad de sus respectivas poblaciones). Sin embargo, la propensión a transmitir ese conocimiento para aquellos sectores que sí lo disponen es alta en dichas categorías, lo cual indica la atención en cultivarlo y mantenerlo inter-generacionalmente. Las proporciones más altas de conservación de un estilo de vida basado en el conocimiento de relatos son características de los profesionales et al. y de los agricultores et al., marcadamente alejados en el espacio social en términos económicos y sociales.

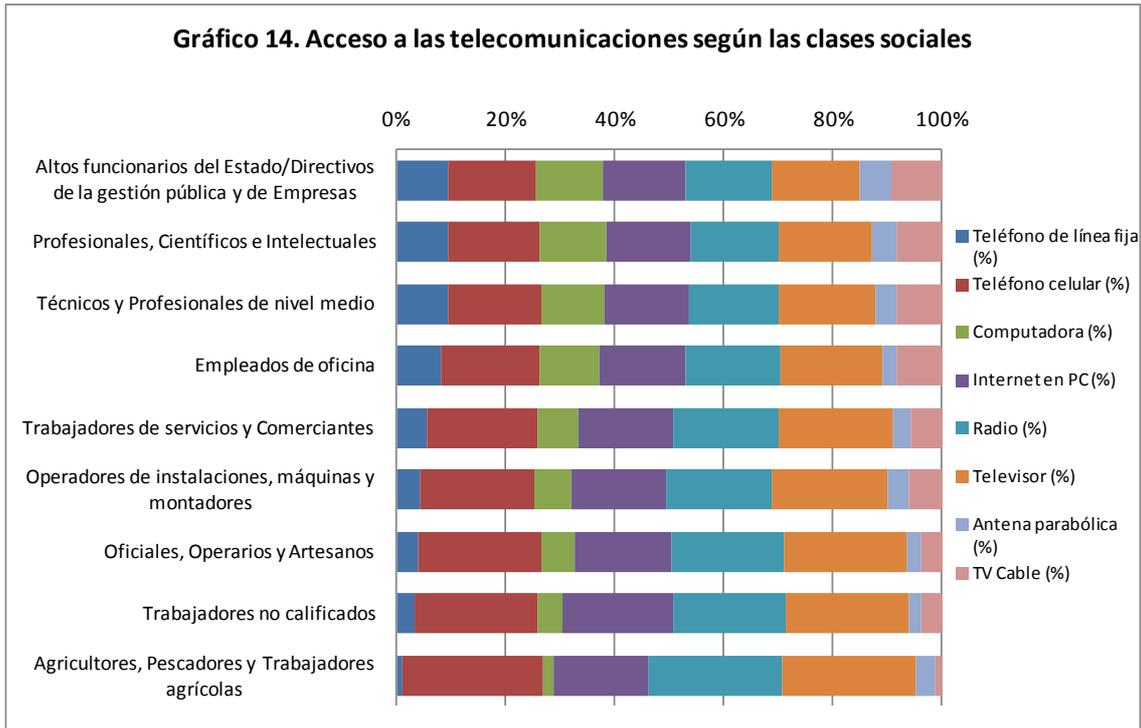


En términos del conocimiento de oficios se observa, como en ninguno de los campos anteriores de la tradición oral, una distribución sesgada por la clase social, con mayores frecuencias relativas en las cuatro categorías de las clases desfavorecidas (entre las cuales, a su vez, la de menor proporción es la de trabajadores no calificados, como era de esperar). Este fenómeno indica que las ocupaciones y los imaginarios de los sectores rezagados en la estructura social no carecen de saberes, sino todo lo contrario, sus estilos de vida están marcados por conocimientos prácticos que informan su vida cotidiana y que perviven en la reproducción social de esos sectores al observarse significativas magnitudes de transmisión del conocimiento a las generaciones sucesoras.

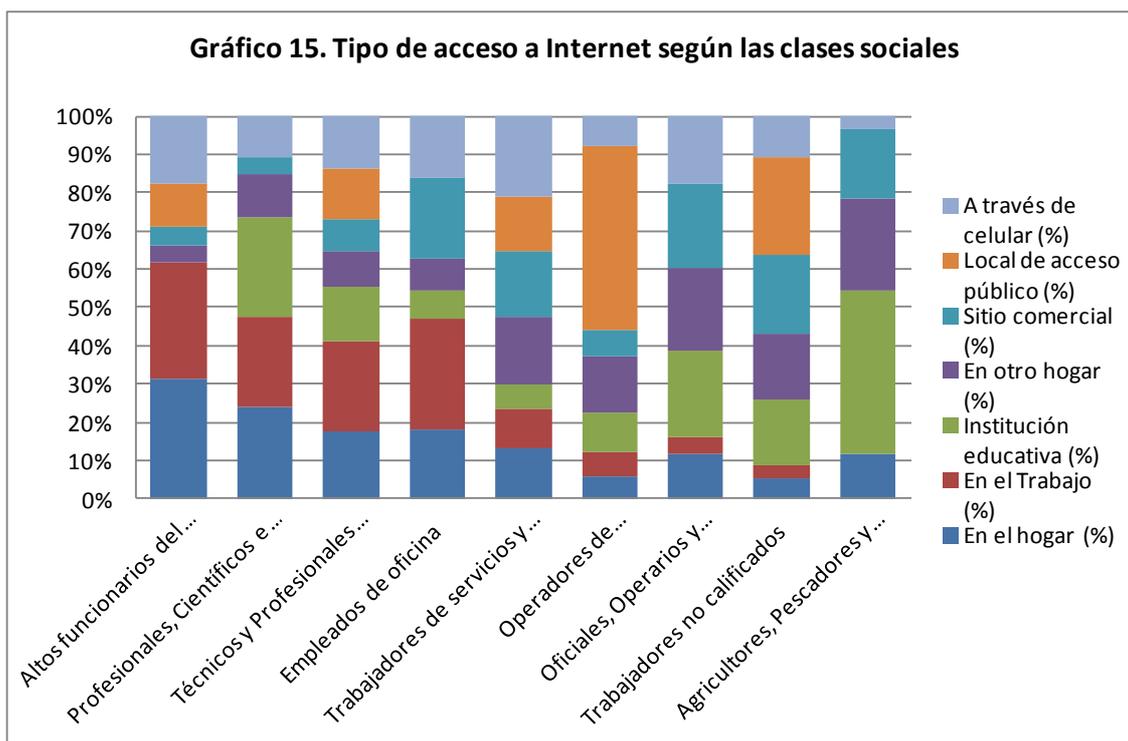


3.3. Los hábitos culturales en los hogares

En el nivel de las prácticas asociadas a la disponibilidad de bienes y servicios en los hogares, es decir los “hábitos culturales de los hogares”, se puede observar que la telecomunicación es una experiencia de carácter dual: los dispositivos y medios de menor costo están altamente expandidos (teléfono celular, radio y televisor) mientras que aquellos de alto costo relativo se hacen más escasos según las clases sociales. Obsérvese en el gráfico 14 la tendencia del acceso a las telecomunicaciones para constatar las proporciones decrecientes en el acceso al teléfono de línea fija, a la computadora personal, a la antena parabólica y al servicio de televisión por cable.

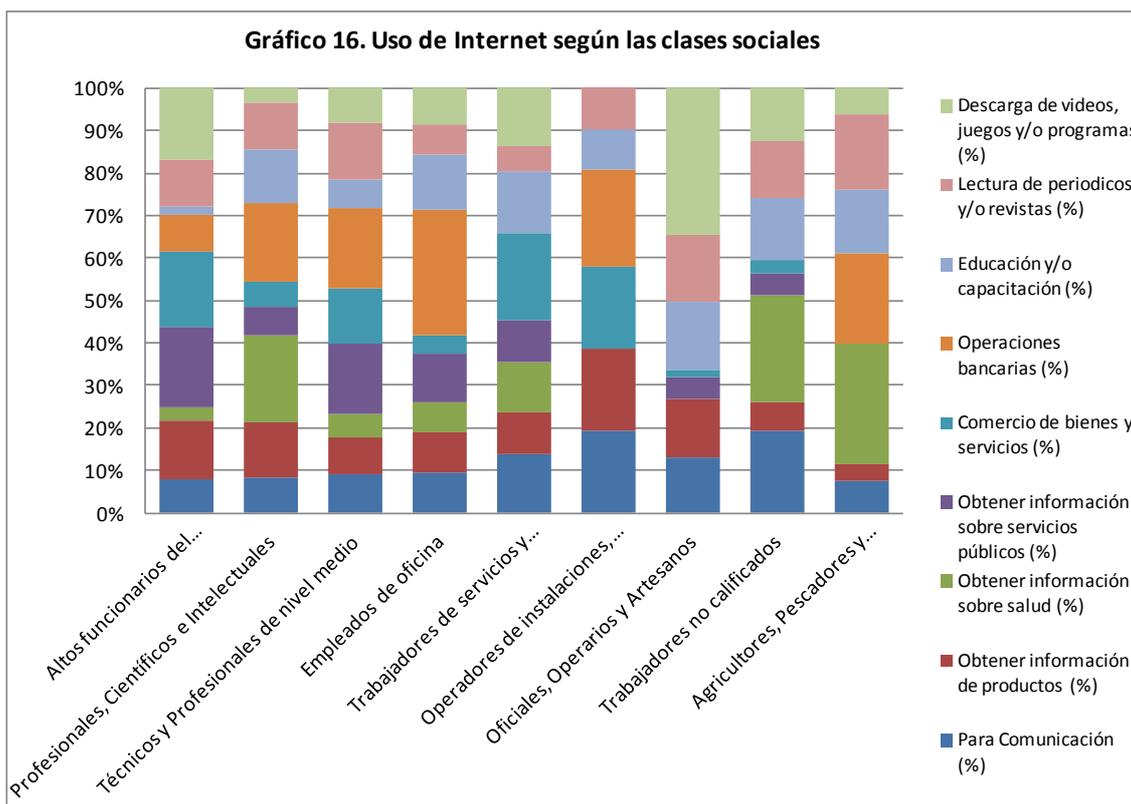


El primer conjunto de bienes y servicios así como segundo conjunto cumplen la misma función tecnológica y social: la comunicación y el acceso a la información. Ahora bien, los costos diferentes están relacionados con dos factores: i. con la diferenciación tecnológica entre las clases dadas las funciones adicionales de estabilidad telefónica domiciliaria, multifuncionalidad informática y amplitud temática televisiva, que permite a las más favorecidas, apropiarse y concentrar recursos informacionales que inciden en su acumulación económica; ii. con la distinción social que se basa en la posesión y movilización de algunos bienes escasos que contribuyen imperceptiblemente en la reproducción de la desigualdad social.



Entre los dispositivos tecnológicos cuya penetración masiva se incrementó en la primera década de los años 2000, se halla Internet, generando la percepción de “democratización” dado el menor sesgo relativo de clase en su acceso entre las diferentes categorías del espacio social. Ahora bien, esta sensación generalizada requiere un análisis del tipo de acceso para entender si la lógica que caracteriza a los bienes y servicios del mercado económico –distinta del campo extra-mercantil como el del conocimiento tradicional– afecta de modo similar a la tecnología de la información.

Para ello se explora los tipos de acceso a Internet con mayor retorno económico y social, lo que definimos como su “acceso legítimo”, es decir, que define el acceso dominante de las clases dominantes. Los tipos tales como el acceso en el hogar y el acceso en el trabajo, son los más frecuentes en las categorías sociales superiores, representando más de 60% de la categoría altos funcionarios et al. y cerca del 50% de la categoría profesionales et al., la que cuenta también con una proporción alta de acceso en la institución educativa que, sin embargo, es inexistente en la categoría anterior. En contrapartida, la categoría agricultores et al. no accede en el trabajo, su acceso en el hogar es bajo y su acceso en una institución educativa es la más alta entre todas las categorías; mientras que la categoría inmediatamente superior accede también en el trabajo pero en una proporción mínima y accede igualmente en la institución educativa. El tipo de acceso en lugares públicos (gratuitos), en locales comerciales o bien en otros hogares, constituyen modalidades no regulares y “estables” de acceso, las que con baja o nula distribución en las clases superiores indican una elección -mediada por las condiciones económicas para hacerla posible- de conectividad constante, de uso frecuente y de configuración de la vida cotidiana en función de Internet. En efecto, la diferencia entre la categoría social con mayor capital cultural y aquella con menor en el tipo de acceso a través de una institución educativa, consiste en que la primera se vincula profesionalmente con la educación mientras que la segunda lo hace obligadamente (y por tanto, contingentemente).

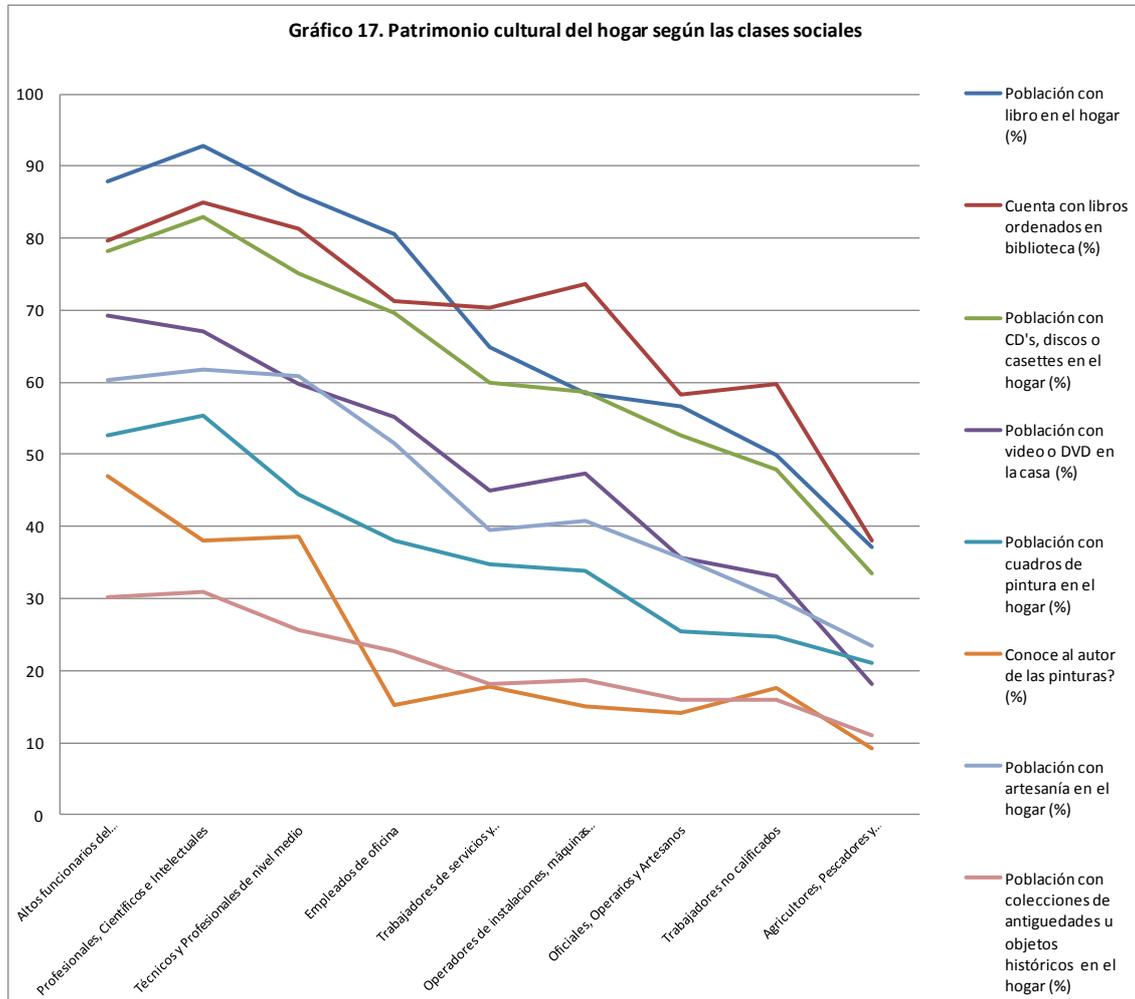


En la misma línea de análisis, el uso dado a Internet establece también una parte de los estilos de vida de las clases, así como los usos legítimos dado a dicha tecnología. Observamos que la categoría altos funcionarios et al. así como la de profesionales et al. utilizan en altas proporciones para obtener información de servicios públicos y de salud respectivamente, el comercio de bienes y servicios (la primera) y las operaciones bancarias así como la educación (la segunda), que en su conjunto definen los modos dominantes, allende el peso incisivo que posee también el uso dado a la obtención de información sobre productos; el menor uso para la comunicación se explica, como vimos antes, porque disponen de mayores medios de telecomunicación para dicho fin.

Entre las clases medias priman el comercio de bienes y servicios, las operaciones bancarias y la comunicación, todos ellos usos propios de las ocupaciones que constituyen las categorías sociales que las conforman. Las clases desfavorecidas, en cambio, destinan (y concentran) el uso en información de salud, educación/capacitación y lectura de periódicos, con la excepción de los agricultores et al. que también se valen para operaciones bancarias (seguramente para obtención de información de cobro de remuneraciones y subsidios). Los estilos de vida de estas clases se diferencian en la relación de la tecnología con el trabajo: en las clases medias el Internet es progresivamente indefectible mientras que en las clases desfavorecidas aun facultativo.

Finalmente, como en ningún otro campo anteriormente analizado, la distribución del patrimonio cultural del hogar implica un sesgo de clase social, indicando por una parte la mayor dispersión en la proporción de acceso de las categorías superiores del espacio social y la menor dispersión entre las categorías inferiores; por otra parte, indica la tendencia a la baja en la dotación de bienes culturales de todos los géneros conforme se desciende hacia las clases desfavorecidas. La desigualdad patrimonial en este campo indica las elecciones de dotarse de medios de acceso a la cultura legítima según los

niveles, elevados o bajos, de capital económico y cultural; pero también indica los estilos de vida que las diferentes clases protagonizan al traducirse mayor homogeneidad de prácticas en las clases desfavorecidas con las proporciones similares de disponibilidad de bienes, mientras que se da una mayor heterogeneidad de prácticas en las clases superiores con las proporciones más disímiles de dotación patrimonial.



Conclusión

La conclusión del estudio es la verificación de la hipótesis de una experiencia de clase en el campo cultural. Se constata el vínculo entre las categorías socioocupacionales de naturaleza estadística con las clases sociales de naturaleza teórica, mostrando con evidencias empíricas que la relación no es de carácter formal sino sustantivo, observable en los rasgos comunes compartidos entre las categorías individuales entre sí y los rasgos diferenciados entre las categorías agrupadas (a las que denominamos clases).

En primer lugar, las *prácticas de lectura* en torno a los diarios, revistas y boletines se da una distribución desigual descendente y un acceso ocasional, dada la baja frecuencia con que las diferentes clases leen dichos medios. La lectura de libros es de menor magnitud que la lectura de la prensa diaria y depende del capital cultural ya que aumenta con el nivel educativo. La visita bibliotecaria no es habitual y el número medio de visitas es mínima. Por otra parte, las *prácticas de escritura* cotidiana son infrecuentes y tienen, cuando suceden, un carácter práctico, vinculada con las rutinas y obligaciones.

En los *usos de los medios de comunicación*, la escucha de radio y de la televisión presenta alcance masivo, sin embargo implica tipos diferenciados de programas de escucha radiofónica y de televisión según las clases: las clases superiores se concentran en los económicos y documentales, las clases medias en los políticos y culturales, mientras que las clases desfavorecidas en los deportivos y telenovelas.

La *participación cultural pública* tiene baja incidencia en los diferentes sectores de la sociedad paraguaya. La proporción de población que participa por *apreciación* y no por *obligación* es ínfima, aunque la frecuencia de participación entre las categorías superiores e inferiores está marcada por la desigualdad. Por su parte, las *prácticas de afición* no tienen el acento de la desigualdad y se concentran en pocas opciones.

En el conjunto de *conocimientos de la tradición oral*, el conocimiento de la *medicina tradicional* es común en las categorías sociales así como el tipo de saberes tiene una distribución equilibrada entre las categorías sociales, incluido la modalidad y lengua corrientes de transmisión de los conocimientos. En términos de los *conocimientos culinarios* tradicionales la distribución de frecuencia entre las categorías sociales presenta un leve acento en las categorías sociales medias con una propensión a la transmisión entre los agentes que disponen de dichos saberes, más alta y más equitativa entre todas las categorías sociales. En cuanto a los *relatos populares*, el conocimiento tradicional presenta una distribución de frecuencia relativamente baja en comparación con los demás y es el que menos evidencia una asociación entre tipo de relatos y clases sociales, con una lengua de transmisión (el guaraní) predominante menos frecuente entre las categorías sociales superiores que las inferiores. En lo que respecta el *conocimiento de oficios* su distribución es alta para todas las clases sociales, aunque lo es especialmente en las clases sociales desfavorecidas, con un modo de adquisición como en ninguno de los anteriores conocimientos, de incidencia decisiva del español en las clases superiores y del guaraní en las clases medias e inferiores.

En la esfera doméstica, las prácticas mediadas por su ejecución dentro o fuera del hogar sitúan como primer punto de análisis a las *telecomunicaciones*. La conectividad y comunicación instantánea presentan un alcance amplio, especialmente por medio de la

telefonía celular; aunque su alcance –al igual que el acceso a la radio y la televisión– es casi general en las clases superiores y de alta proporción pero con márgenes de no-acceso en las clases desfavorecidas. Pero el sesgo de desigualdad de clase se da en la tenencia de telefonía de línea fija, computadora personal y televisión por cable, que aseguran una conectividad plena y continua a las clases superiores, que son las que cuentan con mayor acceso (sobrepasando la mitad de sus respectivas categorías).

El *acceso a Internet* es un indicador crucial del proceso de globalización. El hogar y el trabajo constituyen los ámbitos de acceso más comunes de las clases superiores, mientras que el acceso en ámbitos circunstanciales es común de las clases desfavorecidas. Para éstas, el acceso a Internet a través de la telefonía es predominante, mientras que para las clases dominantes este tipo de acceso es complementario.

El *uso social de Internet* se concentra en toda la estructura social en la comunicación y en la educación/capacitación. El sesgo de clase se expresa en la alta proporción de miembros de clases superiores que obtienen información de servicios públicos, efectúan comercio de bienes y servicios u operaciones bancarias, todos usos dados en baja proporción en las clases inferiores.

Finalmente, la posesión de un *patrimonio cultural* depende del tipo de bienes y de la magnitud de los mismos, los cuales indican la distribución según la clase social. La desigualdad en la distribución da cuenta de la acumulación de bienes culturales pero también de estilos de vida, criterios según los cuales las clases superiores disponen de elementos tangibles y apreciables en mayor proporción porque disponen de un alto nivel de capital cultural (libros en biblioteca, videos de colección, cuadros pictóricos) que los incita no sólo a utilizarlos sino a acumularlos con un sentido de *colección*, al igual que sucede entre las clases medias; mientras que las clases desfavorecidas disponen de un bajo número de bienes, algunos de los cuales a los que no les confieren significación.

El campo cultural paraguayo alberga tres principales características que se desprenden del análisis efectuado. En primer lugar, la desigualdad en la relación con la cultura se traduce en distribuciones diferenciadas de los bienes y de las prácticas según las clases, a los que se atribuye sentidos disímiles en cada dimensión del campo cultural en función de las representaciones y los imaginarios de cada grupo⁵. En segundo lugar, las prácticas no se ejercen en las mismas condiciones económicas ni sociales, sino dependen de la posiciones en la estructura social, lo que se halla en el origen de los significados diferenciados atribuidos por los agentes. En tercer lugar, la diversidad de prácticas indagadas en tanto indicador del carácter heterogéneo y multidimensional del espacio social, hace posible colegir la emergencia de un espacio simbólico, donde la *diferenciación* es su rasgo principal.

⁵ Que se expresan en los pares categoriales del tipo “necesario/innecesario”, “importante/insulso”, “placentero/desagradable”.

Bibliografía

- Adorno y Horkheimer (2003). *Dialéctica de la Ilustración*, Ed. Trotta, Madrid.
- Baudrillard, Jean (1969). *El sistema de los objetos*, Ed. Siglo XXI, México.
- Bourdieu Pierre y Darbel Alain (2004). *El amor al arte. Los museos europeos y sus públicos*, Ediciones Paidós, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La distinción. Critique sociale du jugement*, Éditions de Minuit, Paris.
- Chartier, Roger (2005). *El mundo como representación*, GEDISA, Barcelona.
- Goody, Jack (2003). *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, GEDISA, Barcelona.
- (1979). *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, Éditions du Minuit, Paris.
- Habermas, Jürgen (2002). *Teoría de la acción comunicativa*, Taurus, Barcelona.
- Hoggart, Richard (1975). *La culture du pauvre*, Editions du Minuit, Paris.
- Lahire, Bernard (1995). *Tableaux de familles*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon.
- Lenski, Gerhard (1993). *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Paidós, Barcelona.
- Sahlins, Marshall (2006). *Cultura y razón práctica*, GEDISA, Barcelona.
- Schofield, Roger (2003). “Los niveles de alfabetización en la Inglaterra preindustrial”, en Goody, Jack. *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, GEDISA, Barcelona.
- Poutignat, Philippe y Streiff-Fenart, Jocelyne (1995). *Théories de l'ethnicité*, PUF, Paris.
- Sunkel, Guillermo (2006). *El consumo cultural en América Latina: construcción teórica y líneas de investigación*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- García Canclini, Néstor (2006). “El consumo cultural: una propuesta teórica” en Sunkel, Guillermo. *El consumo cultural en América Latina: construcción teórica y líneas de investigación*, Convenio Andrés Bello, Bogotá.
- (2005). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Editorial Grijalbo, México.
- Weber, Max (1996). *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México.